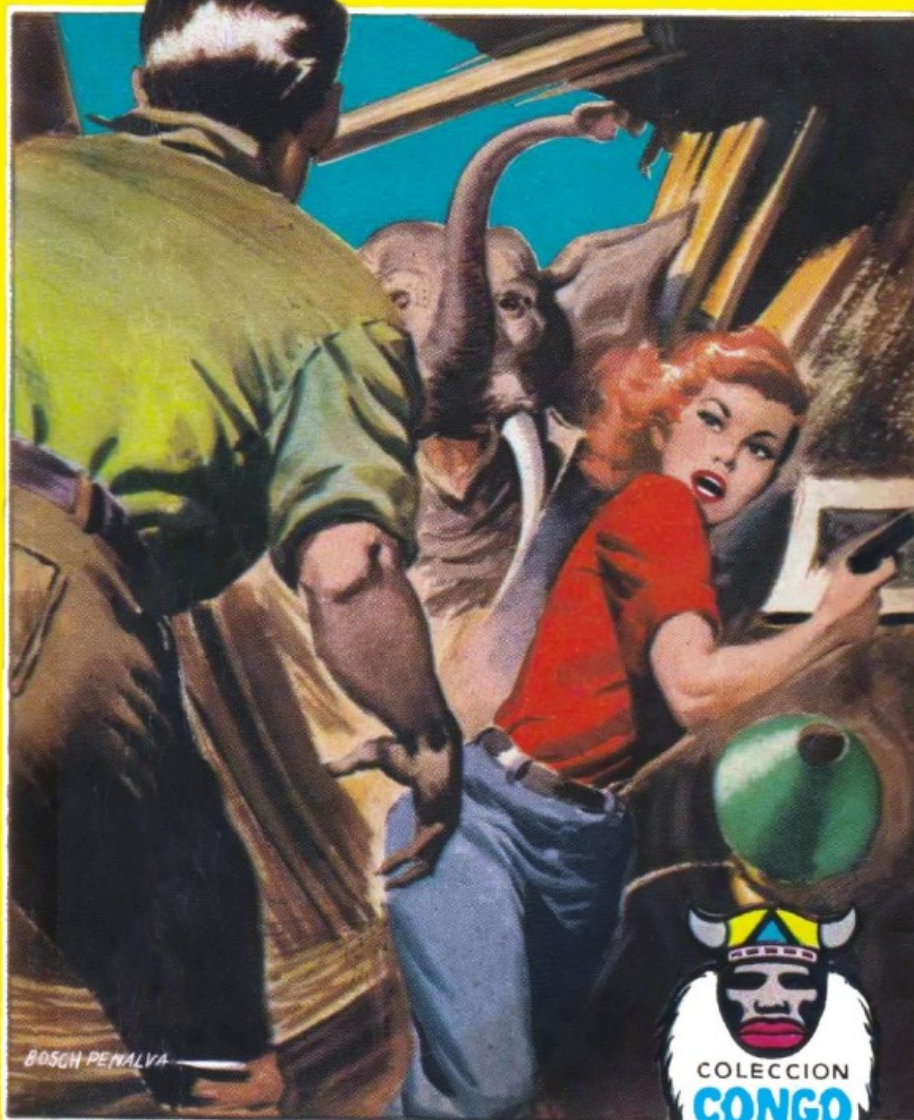


REGUERO DE SANGRE

Keith Luger



**¡Arrasaban todo a su pa-
so! ¡Eran la muerte misma!**



REGUERO DE SANGRE

KETH LUGER

REGUERO DE SANGRE

1.^a EDICIÓN
NOVRE. - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

359. — Los buitres del oro. 370 — Chusma sin ley. 285 — El valle de las víboras.

En Colección BUFALO:

23 — La muerte toca la armónica. 31 — El impostor. 35 — A sangre y a fuego. 43 — El vengador. 54 — Vivo o muerto. 84 — Nido de ratas. 94 — El heredero. 97 — Una herencia difícil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

209 — El sindicato del crimen. 215 — El gas terror. 231 — La ciudad perversa. 248 — Trabajo peligroso.

En Colección PANTERA:

14. — La tierra de los espíritus. 25 — La espada llameante. 29 — La ley de los fuertes. 42 — La muerte oculta.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

REGUERO DE SANGRE

By KEITH LUCER



CAPÍTULO PRIMERO

Primero era el clarinete con sus notas agudas, largas. Luego, el saxofón, más tarde solo el piano y después el ritmo trepidante de la batería. De pronto, a este se unió un golpeteo desacompañado.

Kirk Howard empezó a despertar. Abrió los párpados. Vio una nube esponjosa ante sus ojos. Sintió náuseas. Le pareció que le arañaban el estómago con un rallador de pan. Tenía la boca seca, correosa. Le zumbaban los oídos.

La nube se fue disipando. Apareció tras ella una lámpara que pendía del techo. Estaba encendida. La luz le hirió los ojos y tuvo que cerrarlos, poniéndose de lado. Entonces su cara tocó algo frío. El suelo. Se hallaba tendido sobre el piso de una habitación.

Con un supremo esfuerzo se incorporó hasta quedar sentado. Los objetos se desplazaron girando a su alrededor. Se sujetó la cabeza, temiendo que también ella empezase a dar vueltas. Después, cuando todo volvió a quedar en su sitio, se dio cuenta de que la música salía a chorro de una radio que había en un rincón, sobre una mesita. Terminó de enderezarse y con paso vacilante acercóse a aquella y la cerró, pero continuó oyéndose el golpeteo en la madera. Estaban llamando a la puerta.

—¡Bien! —gritó—. ¡Ya voy!

Al volverse, la vio. A ella. A la rubia. Acostada en un diván. Boca abajo. La espalda desnuda, blanca como la espuma del mar, destacando sobre el vestido de noche negro cuya falda aparecía recogida por las rodillas

descubriendo sus piernas, unas piernas largas, de pantorrillas perfectas enfundadas en finas medias. La cabellera de color de trigo maduro escondía completamente el lado de la cara que le hubiera podido mostrar a él.

¿Cómo había dicho que se llamaba? Sí, May. May Cooper... ¿O era Gooper? Se encogió de hombros y recorrió la distancia que le separaba de la puerta. La llave no estaba en la cerradura. Soltó una maldición. May debió cerrar y guardar la llave.

—¡Espere! —dijo de mal humor al que llamaba.

Descubrió el bolso junto a los pies descalzos de May. Con paso menos torpe se acercó al diván y recogió el bolso, abriéndolo. Lápiz de labios, polvera, pañuelo, varias monedas, un pasaporte... pero no había llave alguna.

Sin embargo, en aquel instante la puerta fue abierta desde fuera y dos hombres aparecieron en el marco.

Uno de ellos era alto, robusto, moreno, de ojos astutos. El otro mucho más joven, con un uniforme verdoso.

Kirk recordó que se hallaba en un hotel. «Hotel de los Tres Reyes», o algo parecido. Y aquel apartamento era el de May. Le había invitado ella a subir la madrugada anterior después de hacer un recorrido por los lugares de recreo de Casablanca. Habían bebido mucho. Los dos Y él estaba cansado. Aceptó subir a aquellas habitaciones con intención de echar una cabezadita! ¡Y se había acostado en el suelo! Debía estar más borracho de lo que había supuesto.

Los dos hombres continuaban inmóviles, dirigiendo sus miradas de él a May y viceversa.

—Bueno —les dijo con voz estrepajosa—, pueden pasar y despertarla. Yo, entretanto, iré a darme una ducha...

El de más edad esbozó una sonrisa de disculpa declarando:

—Los clientes vecinos se han quejado a la Dirección. Ustedes tenían la radio demasiado fuerte...

Kirk meneó la cabeza, chasqueó la lengua y encaminóse a una puerta interior. Encontró pronto el cuarto de baño y se encerró dentro. Desvistióse con movimientos lentos y cuando empezó a correr el agua fría por su cuerpo se sintió poco a poco reconfortado. Pasaron varios minutos.

Salió de la ducha y se envolvió en la toalla frotándose concienzudamente. Oyó voces procedentes del *living-room*.

—¿Todavía están ahí? —gritó entreabriendo la puerta.

Nadie le contestó.

—¡Eh, May!... —siguió diciendo—. Me tomé la libertad de usar el baño... Coja su turno. Se sentirá mejor después...

Por el resquicio de la puerta vio un hombre. No era ninguno de los empleados del hotel. Ojos negros, traje negro, zapatos negros. Pensó que el

tipo trabajaría en una funeraria.

—Hola —le sonrió, y de pronto, al notar la seriedad de su rostro, se preguntó si no sería el novio de la rubia.

Habría jarana en tal caso. ¿Cómo iba a convencerlo de que había pasado la noche durmiendo en el suelo a una prudente distancia de May?

—¿Quiere vestirse, caballero? —fue lo que primero dijo el de luto, en un impecable francés.

—Oiga, le advierto que está equivocado... —empezó a responder Kirk en el mismo idioma.

—Será mejor que eso lo dilucidemos cuando usted haya terminado su higiene...

Howard frunció el ceño y, tras unos segundos de vacilación, contestó:

—De acuerdo —y cerró la puerta.

Mientras se vestía, tuvo la sospecha de que el que lo esperaba no se iba a dar por satisfecho con las explicaciones que estaba dispuesto a darle. Parecía una de esas personas que se aferran a una idea de tal manera que resulta imposible disuadirles de ella. Se puso la chaqueta diciéndose que haría bien en tener la pistola a punto, no para utilizarla, sino con el objeto de amedrentar al otro si se ponía pesado. Entonces, al acariciar el bolsillo interior en que guardaba la pequeña automática, sufrió la segunda sorpresa del día. El arma había desaparecido.

Trató de coordinar sus pensamientos, de recordar en qué momento la había cambiado de lugar. Pero su mente estaba en blanco al respecto.

—¿Terminó ya? —inquirió desde fuera la voz del presunto Oteló.

Kirk dio un suspiro de resignación y salió del cuarto de baño.

—Mi nombre es Marcel Besnard —se presentó su oponente.

—El mío Kirk Howard.

Estaban inmóviles mirándose frente a frente, y Besnard sacó del bolsillo la mano esgrimiendo una pistola.

Kirk vio que era la que le pertenecía.

—¿Qué hace con eso, amigo? —dijo tragando saliva.

—¿Es suya?

—Sí.

El francés sonrió.

—Pasemos al *living-room*, señor Howard.

Kirk siguió el consejo.

Lo primero que descubrió al regresar a la habitación en que había pasado la noche fue que May continuaba en la misma posición. Cerca de la puerta se hallaba otro hombre que no había visto antes y a su lado el encargado del hotel, el de los ojos astutos.

Se dirigió al último.

—¿Por qué no la despertó? La pobre va a agarrar una tortícolis en esa posición.

Dio dos pasos hacia el diván.

—La pobre está muerta, señor Howard —dijo Besnard con voz carente de emoción.

Kirk se quedó quieto de repente, como si hubiese encontrado en el camino un cable de alta tensión.

Giró la cabeza, arrugando los párpados.

—¿Muerta? ¿Qué dice?

Besnard replicó:

—Soy inspector de policía. El señor Herriot, gerente del hotel, avisó a la Comisaría, situada dos manzanas más arriba. Unos huéspedes habíanse quejado de que en este apartamento funcionaba una radio un poco fuerte. El señor Herriot llamó por la línea interior, pero nadie recogió el micro. Entonces subió con un botones. Llamó a la puerta durante un ruto. Luego, abrió con la llave maestra. Usted se fue al cuarto de baño y el señor Herriot, al tocar el brazo de la señorita, notó que estaba frío. Se agachó y vio el forro del diván, bajo el cuerpo, manchado de sangre... Eso es todo. Ahora le toca a usted, señor Howard...

Kirk se pasó una mano por la cabeza mirando el cadáver de May. Lo poco que recordaba de ella le era favorable. Simpática, de amena conversación, bonita. ¡Santo cielo! ¡Y ahora muerta! Se mordió el labio inferior deseando rabiosamente echar mano en aquel momento al carnicero que había hecho el sucio trabajo.

—¿Por qué la mató, Howard?

La pregunta había salido de la boca de Besnard. Seca, contundente, sin tratamiento alguno.

—Si habla en serio, inspector, le apuesto a que no consigue el ascenso con este caso...

—Aspiro solo a la jubilación —contestó el policía—. Empero, mi deber es advertirle que se encuentra usted en una situación bastante comprometida.

—¿Lo dice por la pistola? Hace meses que no sale un proyectil por ese agujero...

—Ha sido disparada hace unas horas.

La respuesta dejó asombrado a Kirk.

—¿Está loco o pretende tenderme una trampa?

—Ni lo uno ni lo otro. Pero le ruego no conteste a mis preguntas con otras preguntas. Sería mejor para ambos que me explicase sus relaciones con la víctima.

Howard dejó caer los brazos a lo largo de sus costados y apretó los puños.

—La conocí anoche en el «Rouge et Noir». No la había visto antes en mi vida. Le oí una canción. Me agradó. Le mandé una nota con un mozo. Vino a mi mesa. Se llamaba May. Bebimos. Esperé a que terminase el resto de

los números. Después nos fuimos por ahí. Bailamos, bebimos más... No sé hasta cuándo. Podrían ser las dos o las tres de la madrugada cuando ella me invitó a que subiese a su apartamento. Acepté. Recuerdo que subimos en el ascensor con un muchacho. Una vez aquí, May puso la radio... Dijo que tenía ganas de bailar. Yo estaba muy cansado, pero accedí. Empezamos a dar vueltas, a girar... Me mareé... No sé... Luego, me debí caer rendido... Ignoro todo lo demás...

Hubo un silencio. Besnard tenía las pupilas clavadas en Kirk.

—¿Desde cuándo se halla en Casablanca, Howard? —preguntó al fin.

—Llegué de Nueva York hace dos días.

—¿Qué objeto le ha traído aquí?

—Turismo.

—¿Y qué profesión ejerce en su país?

—Soy corresponsal de una agencia de información La «Mac Millan Company».

—¿Casado?

—No.

Besnard hizo una señal al hombre que había junto a Herriot.

—Puede llevárselo, Lefebre.

—¿Quiere decir que estoy detenido, inspector? —preguntó Kirk.

—Así es —repuso el interrogado—. No se preocupe. Ya sé que debo notificarlo a su cónsul...

Howard fue a decir algo, pero se arrepintió, optando por ir con Lefebre.

CAPÍTULO II

Hacía cinco días que se hallaba en aquella celda. Había recibido tres veces la visita del inspector. En la segunda de ellas, este se presentó con un hombre de batín blanco que se entretuvo en pasarle un paño por ambos puños. Preguntó por qué. Análisis de laboratorio, le contestó Besnard. También había ido a verlo, a las pocas horas de su detención, el cónsul de los Estados Unidos. Solo pidió a este que cablegrafiara a su agencia informando que se hallaba detenido y mezclado en un caso de asesinato. En la mañana de ese quinto día, ahora eran las cuatro de la tarde, le habían traído la respuesta de Nueva York. Era corta, lacónica, pero definitiva. Decía así:

«Que te zurzan.

«*Mac Millan*».

No podía esperar otra cosa del patrón, y se increpó por haber tenido la debilidad de comunicarle su desventura. Perro ladra a perro. Esa era la vida. La frase no le pertenecía. Se la había oído muchas veces a Ben Seiter, un compañero de armas, cuando pegaban tiros por las Ardenas tras los soldados de Von Runstedt.

Un perro había matado a May Cooper, a la simpática May, tratando de hacerle cargar a él con el crimen. Se encontraba completamente a oscuras. La joven solo le había dicho que era de Peoría, Illinois, y que hacía unos cinco años había abandonado los Estados Unidos.

El inspector Besnard no le había informado de nada durante sus visitas. Estas tenían por objeto el interrogatorio de siempre. ¿A qué hora había llegado al «Rouge et Noir»? ¿Observó si alguien se fijaba en May cuando estaba a su mesa? ¿Cuánto tiempo permanecieron allí? ¿Cuánto en los demás cabarets? Etcétera, etcétera...

Él, Kirk, tenía una hipótesis sobre el asesinato. Celos, amor no correspondido. Ese era el móvil. Alguien que quizá llegó a recibir los favores de la joven y a quién ella rechazó más tarde. Era bastante frecuente. Todos los días en todos los países del mundo ocurrían hechos parecidos.

Pero, a pesar de la simplicidad de la explicación, le dolía que la hubiesen matado mientras él dormía. Se consideraba, en cierto modo, culpable. Si se hubiera mantenido despierto, May podría ahora continuar interpretando sus agradables canciones.

El rechinar de la llave en la cerradura de la celda interrumpió sus

pensamientos. Se incorporó del camastro en que pasaba las horas tumbado.

Sí, era otra vez el inspector. No se había cambiado de traje ni de zapatos.

—Buenas tardes, señor Howard.

—¿Aún no acabó su interrogatorio? —preguntó desabridamente Kirk.

—Hoy vengo a comunicarle su libertad.

La respuesta dejó al americano paralizado, y Besnard sonrió por primera vez, prosiguiendo:

—Las sospechas que existían sobre usted han quedado desvirtuadas.

—Pero mi pistola estaba disparada.

—El asesino solo lo hizo para que nos entretuviésemos con usted. Desde luego su arma es del mismo calibre que la del criminal. Pero los peritos en balística dispararon seis veces con la suya, y el examen de los proyectiles no dejó lugar a dudas. El que mató a la señorita Cooper no salió de su pistola. Luego hay más. La golpearon con el puño en la cara antes de matarla. La víctima mostraba una tumefacción en el pómulo derecho. El análisis de las muestras que recogimos de sus manos indica que usted no fue quien le pegó.

—¿Quiere decir que si hubiera sido yo lo habrían averiguado con ese análisis?

—Completamente cierto. Al golpear transmitimos muchas sustancias de nuestra epidermis. Para los técnicos del laboratorio químico es coser y cantar la determinación de si una persona fue o no quien golpeó a otra.

Kirk empezó a sentirse más optimista.

—¿Y qué hay del asesino, inspector?

—Hasta ahora, han fracasado nuestras investigaciones. La señorita Cooper acababa de llegar de Dakar. Nunca había estado en Casablanca. No se le conocen amigos de uno u otro sexo. Usted fue la primera persona con quien se relacionó. Naturalmente, ella no tuvo oportunidad...

—¿Y el gerente del cabaret? Tuvo que contratarla. La conocería...

—La contrató sin conocerla. Cosas así son frecuentes en la profesión de la señorita Cooper. El «Rouge et Noir» necesitaba una vocalista. El gerente habló telefónicamente con un agente artístico de Dakar pidiéndole una muchacha de buen ver que cantase. Y le mandaron a May Cooper.

—¿Y qué le ha dicho ese agente artístico?

—Ha desaparecido.

Hubo un silencio. Kirk paseó por la celda frotándose la barbilla.

—Bien, señor Howard —dijo el policía—. Lamento haberle ocasionado molestias, pero usted comprenderá...

—No se disculpe, inspector —repuso Kirk deteniéndose—. Cumplía con su deber. ¿Puedo irme ya?

Al salir de la cárcel se dirigió al «Tres Reyes», donde habló con el encargado, con el muchacho que estaba de servicio en el ascensor cuando

llegó aquella noche en compañía de May Cooper y con un par de camareros. Ninguno de ellos pudo darle información aprovechable sobre el caso en que se había visto envuelto.

Durante los dos días siguientes correteó por la ciudad preguntando en locales nocturnos, bares, establecimientos. Nadie conocía a May Cooper. Al anochecer de ese segundo día recaló en el bar del hotel en que se alojaba, el «Morocco». Sentado a una mesa hizo balance de sus disponibilidades económicas, descubriendo que le quedaban treinta y cinco dólares. Su situación no podía ser más crítica. El patrón se había desentendido de él y no tenía ni para el pasaje de vuelta a los Estados Unidos. Maldijo el árbol genealógico de los Mac Millan.

Pagó el *whisky* que había consumido y subió a su apartamento, donde después de quitarse la chaqueta se tendió en la cama.

Se dijo para consolarse que se había visto en otras peores y siempre salió adelante.

Estaba a punto de dormirse cuando llamaron a la puerta. El «Morocco» no era el «Tres Reyes». Aquel apartamento se componía de un dormitorio y el cuarto de baño. Se sentó en el lecho y autorizó la entrada.

Susan Mac Millan, el patrón, apareció en el umbral, dio un paso traspasándolo y cerró a su espalda.

Susan tendría unos veintisiete años de edad, y era esbelta, de cara atractiva y cabello de fuego. Vestía un traje sastre que moldeaba sus caderas perfectas.

—Hola, muchacho —dijo levantando la mano.

Kirk dio un salto, pero siguió sentado en la cama.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir, pero ella le atajó.

—Guarda tu vocabulario soez, Kirk. Estás hablando con el jefe.

—¿El jefe? ¿Qué jefe? ¡Me has dejado en la estacada!... ¡Si crees que voy a tolerar una cosa así, es que empiezas a necesitar un psicoanalista...!

—¡Lo necesité el día en que me hiciste la primera jugarreta y no te puse de patitas en la calle!

—¡Estupendo! ¡Ya estoy en la calle!... ¡Lárgate ahora!

El bello rostro se puso lívido.

—Kirk Howard... Hay momentos en que daría diez mil dólares por ver tu esquila mortuoria en los periódicos.

—¡Y yo mi mano izquierda por no haber conocido a ningún Mac Millan!... Primero el cascarrabias, insoportable y tirano abuelo Mac Millan... ¡y luego la despótica y falsa nieta Mac Millan!... ¿Es que voy a tener que ir a una isla desierta para no oír más ese apellido?

Susan abrió el bolso, sacó un paquete de cigarrillos, se puso uno de estos en los labios y lo encendió aplicándole la llama de un encendedor de oro. Cuando arrojó la primera bocanada de humo sus nervios se habían serenado. Era algo que había descubierto años antes en su constante

relación de trabajo con Kirk. Los malos modos que operaban milagros con sus otros empleados no valían con él. Howard era distinto a los demás. Le importaba muy poco romper con la casa. Y por ello probablemente duraba más que ninguno. Bueno, quizá también habría que tener en cuenta que era el más eficiente colaborador.

Le arrojó el paquete de cigarrillos a la cama en una muda invitación. Cuando vio que aceptaba, se dijo que podría inclinar el *match* a su favor aprovechando la tregua.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó.

—Hacía dos días que estaba aquí cuando me detuvieron —contestó Kirk por un lado de la boca, mientras encendía.

—Otras veces has necesitado menos tiempo para hincar el diente en el asado —contestó ella.

—Este asunto no es como los otros. Lo sabes.

—Pero tú eres el gran Kirk Howard. Por algo cobras dos veces más que el mejor de los que están detrás de ti en la plantilla de la agencia...

—En primer lugar, me mandaste informes falsos. El cuartel general de esa gentuza no está aquí...

—¿Cómo lo sabes?

—Olfato profesional. ¿Por qué fui el primero en negar la salida de Beria de Rusia?

—Eso queda muy lejos ahora, y tengo la impresión de que estás perdiendo facultades...

—Por eso te conviene prescindir de mí. Te ahorrarás mi doble sueldo... Susan tuvo un sobresalto.

—No estoy para chistes, Kirk.

—Ni yo tampoco. Búscate otro para este trabajo.

—¡Vete al infierno!

Howard sonrió, brillándole en los ojos una llamita de regocijo.

—Eso no lo debe decir una dama, querida.

—¡Pero yo no soy una dama cuando desempeño mi cargo!

—Lo sabía hace mucho tiempo.

La joven partió en dos el cigarrillo, arrojando los restos al suelo y pisoteándolos.

—Escucha, Kirk. He venido desde Nueva York tan pronto como me ha sido posible para sacarte de este lío. Confieso que he llegado tarde. Pero lo importante es que estás libre. Olvidemos nuestras estúpidas rencillas y ponte a trabajar.

—Mi contestación sigue siendo: No.

—Es tu maldito amor propio, ¿eh? Quisieras que el propio Foster Dulles se hubiera interesado por tu detención. ¡Que el caso hubiese sido sometido a la consideración del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas...!

—No se trata de mi amor propio.

—¡Pues dime qué es!

—Esa chica, May Cooper.

—¿Esa chica? Estuve hablando con el inspector Besnard. ¡Si la conociste una noche y solo tuviste oportunidad de estar junto a ella unas horas!... ¡Y en qué estado te hallabas tú!... No me irás a decir que te enamoraste...

—No; no me enamoré, pero voy a tratar de dar con quien la asesinó.

—¿Qué te importa a ti ese crimen? Tú no tuviste que ver nada. ¿Qué estabas con ella? Lo mismo pudo ser otro. Además, se ignora todo respecto a la muchacha y su muerte.

—Precisamente eso es lo que me gusta. Me atrae el misterio.

—¡Déjate de cuentos, Kirk! Son los cinco días que has pasado en la cárcel. Estás resentido con el que te ha proporcionado esas vacaciones forzosas. ¿Y qué? Son gajes del oficio. Olvídate de May Cooper y el día menos pensado leerás en los diarios que su asesino ha sido pescado por la policía.

—Voy a ser yo quien lo pesque, patrón.

—¡No me llames patrón! ¡Y escucha esto, Kirk Howard! Conoces la importancia de la información que te obligaste a darme cuando saliste de Nueva York. ¿Es que lo has olvidado?

Kirk cantó con voz de colegial:

—La Sociedad Antiesclavista de las Américas desea pruebas del tráfico de esclavos que se realiza en África, al objeto de presentar un memorándum a la Subcomisión de los Derechos Humanos de la O. N. U. Lo recuerdo.

—Entonces, ¿qué pepinillos en vinagre estás hablando de abandonar el trabajo? Es la misión más importante que ha caído en tus manos desde que tuviste la necia ocurrencia de pedir trabajo en la «Agencia de Información Mac Millan».

—Yo estaba entonces sin un centavo. No tenía donde elegir.

—¿Sí? —murmuró belicosa la hembra—. ¿Qué eras cuando llamaste a nuestra puerta? Una piltrafa humana, un desecho de la guerra. ¿Y en qué te convertimos? En un mozo de uno setenta de talla, cabellos negros, rostro duro y ojos avispados, embutido en trajes de setenta y cinco dólares... ¡Eso es lo que debes al apellido que arrojas constantemente al cieno!

Kirk saltó de la cama dando una fuerte chupada al cigarrillo Arrojando humo por la nariz y boca repuso:

—¿Y qué es lo que los Mac Millan me deben a mí? Cuando me enfrenté con los bigotes blancos de tu abuelo, su agencia de información ocupaba el último lugar de las de su clase. Al año de estar yo empleado aumentó en un treinta por ciento la clientela: a los tres años se tuvo que ampliar el local; a los cinco, los más grandes rotativos, las más fuertes empresas, han confiado sus servicios de información a la «Mac Millan Company»...

—¡No querrás sugerir, pavo presuntuoso, que tú eres la pieza esencial del engranaje!

—Como no lo soy... ¡os podéis pasar sin mí!

Susan supo que había perdido irremisiblemente el combate. Ella misma lo había conducido al terreno en que él mejor se movía. Se mordió los labios, reconociendo la poca habilidad con que había llevado la discusión. Le quedaba un último recurso. Era una mujer, después de todo. Una mujer hermosa y deseable. Sabía ser femenina cuando se lo proponía. ¿Qué mejor ocasión que aquella para desplegar sus artimañas? Todo antes que perder al más eficaz de sus empleados.

—Oh, Kirk... Nos portamos como dos chiquillos —dijo, haciendo un delicioso mohín.

—Lo mío no es una chiquillada, querida. Es una resolución.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —se acercó a él sonriendo y le puso una mano en el pecho—. Hace tiempo que no nos divertimos. Saldremos a cenar juntos. Quiero oír música, bailar contigo... Será delicioso. Me encanta este ambiente exótico. Apuesto a que tú conocerás algún lugar en donde podamos estar solos... los dos...

—Sí —dijo Howard—, hace mucho tiempo que no nos divertimos...

Susan le pasó el otro brazo por el cuello.

—Olvidemos los negocios, Kirk. Estoy asqueada de ellos... Tú y yo. Nosotros somos los que importamos...

Él se acercó y la besó amigablemente en la mejilla.

—Te prometo esa cena para cuando haya cazado al asesino, querida.

Susan enrojeció, palpitaron las aletas de su nariz, se agitó su pecho y finalmente estalló:

—Te mantienes en tus trece, ¿eh?

—¿Quieres oírmelo otra vez?

—¡No hace falta!... ¡Pero métete esto en la cabezota!... ¡A partir de hoy no te acuerdes de que existe la agencia Mac Millan...!

—¡Qué descanso!

—¡Eso ya lo veremos!... ¡No volverás a trabajar para nosotros!... ¡Y te aseguro que me voy a ocupar de que jamás puedas hacerlo en cualquier otra agencia de los Estados Unidos! —se dirigió a la puerta, la abrió de un tirón y volvióse para añadir—: Cuando te encuentres sucio, desharrapado y hambriento, no te olvides de llamarme, querido... Tú sabes que te ayudaré... ¡a hundirte más en el fango!

Cerró dando un portazo, y Kirk lanzó una estruendosa carcajada.

Continuó riendo durante un rato, mirando el paquete de cigarrillos que ella había dejado olvidado sobre la cama.

Lo cogió, leyendo despreocupadamente el forro. Había sido litografiado en Dakar. Este nombre repercutió en su cerebro. Quedaba un botón que no había tocado en el caso Cooper. El que se refería al agente artístico de la

vocalista. Descolgó el micro de la mesilla de noche, rogando a la telefonista le pusiese con la Comisaría de Policía, y a esta con el inspector Besnard. Tuvo suerte. Se encontraba en su despacho.

—¿Inspector? Soy Kirk Howard... ¿Puede decirme si han encontrado a ese representante de Dakar?

No, no había sido hallado aún.

—¿Cómo se llama ese hombre, inspector?

Era un italiano, Aldo Monti, y vivía en la Rue de la Bastille, 34.

Dio las gracias al policía y colgó.

Poco más tarde salía del «Morocco», con veintisiete dólares en el bolsillo y una maleta en la mano, dirigiéndose al puerto.

CAPÍTULO III

En las aguas pululaban a saltos unas banderitas negras: aletas de tiburones. El viento del noroeste soplabla fuerte.

Kirk Howard, en la proa de la embarcación, observaba la costa de Cabo Verde, a pocas millas de Dakar.

Había conseguido que el dueño del pequeño velero lo admitiese como pasajero hasta el puerto del África Occidental. A cambio, claro, de un puñado de dólares. A Kirk le resultaba económico el viaje, aspecto muy interesante para su peculio, y el patrón, que se dirigía a Dakar por una carga de cacahuetes, hacía su negocio.

Una negra roca igual que el casco de un buque sin mástiles se erguía en la costa, cortando el viento y rompiendo las olas.

Empezaba a ocultarse el sol, y el mar tomaba el aspecto de una inmensa bañera de rayos.

—Es la «Madeleine» —dijo una voz a la espalda de Kirk.

Era el patrón de la nave, un sucio negro de dientes nacarados. Señalaba la roca negra de la orilla.

El americano le ofreció un cigarrillo, preguntándole cuando encendía:

—No me has preguntado qué voy a hacer en Dakar.

—A mí no me interesa, señor —respondió el otro—. Es cosa suya, ¿sabe? En mi profesión no faltan los clientes como usted. Al principio me gustaba conocer el motivo de escoger mi barco —decía «mi barco» como si fuese el «Queen Mary» en vez de lo que era, una cáscara de nuez—, pero un día me detuvieron. Había ayudado a huir a un ladrón. Estuve seis meses trabajando en las carreteras. Desde entonces, no quiero saber nada de mis viajeros. Usted paga, yo le llevo. Es el trato, ¿no?

Kirk sonrió, objetando:

—Pero la policía te haría pasar otro mal rato si yo fuese un ladrón, aunque tú no lo supieses. Basta que me ayudes.

—No lo crea, señor. Todo lo más estaría unas semanas en la cárcel. Pero no trabajando en las carreteras.

Howard sintió admiración por el negro. Era indudable que para mantener aquella barquichuela a flote tendría que trabajar como un desesperado, apenas el mar se embraveciese, y sin embargo no quería picar por los caminos.

—Está bien, no te diré a qué voy. Pero en Dakar necesito recoger alguna información. Ya me entiendes, preguntar por una persona...

El negro se quedó un rato pensativo y al fin dijo:

—Vaya a «La tortuga». Es un bar del puerto. No le digo la calle porque

no me acuerdo. Pero allí le indicarán dónde es. Cuando entre en «La tortuga» siéntese en una mesa y haga consumición. Hay un camarero. Se llama Tom y es negro como yo. Si él no sabe de la persona que busca salga usted de Dakar, porque es que no está en la ciudad.

—¿Hay que darle alguna contraseña a Tom?

—Sí, dinero.

Llegaron a Dakar cuando el sol ya se había puesto. Sin embargo, el aire era tan claro, tan cargado de luz que todo estaba empapado de ella.

Los muelles aparecían sepultados bajo los cacahuetes, dunas de cacahuetes como montículos de arena acumulados por el viento. Bandadas de pájaros volaban de una duna a otra, parándose y picoteando. Hileras de negros, cada uno de los cuales llevaba sobre la cabeza un saco repleto, marchaban rápidamente a pequeños pasos, sobre sus largas piernas descarnadas. La capa de polvo del muelle parecía señalar el paso de un gigantesco ciempiés.

Bajo un cobertizo, más montañas de sacos llenos; sacos de goma. Una fila de negros que entraban y otra fila de negros que salían. Cargaban los sacos sobre los hombros e iban a volcarlos en la bodega de un buque. En el suelo, desparramados, se veían grandes grumos cristalinos de goma.

Kirk contemplaba con curiosidad el ir y venir de los cargadores cuando un muchachito negro, cubierto tan solo por un pantalón deteriorado, se le puso delante y le dijo distendiendo los labios en una sonrisa afectuosa:

—¿Quiere hotel, señor?

—¿Está muy lejos?

—No, señor. Ahí cerca.

—¿Y se podrá bañar uno?

—Seguro que sí. Es un buen hotel.

—De acuerdo. ¿Cómo te llamas?

El negrito lo miró ladeando la cara.

—¿Es usted americano, señor?

—Pues sí.

—Me llamo Jim.

Howard rio, preguntando:

—¿Y si te hubiese dicho que era italiano?

—Para los italianos soy Benvenuto, señor. Es más fácil de recordar.

Kirk hubo de admitir que los dos ejemplares del continente negro con que últimamente se había relacionado poseían sentido común.

El hotel se llamaba «La Palmera» y había sido edificado veinte años atrás. Kirk recuperó la maleta de manos del pequeño porteador y entrególe un dólar por su trabajo, despidiéndole con una palmada en la espalda.

La habitación que le dieron no ofrecía un aspecto muy brillante, pero en un cuarto adyacente tenía su baño y se dio por satisfecho. Después de quitarse de encima la suciedad de la embarcación, se cambió de traje,

poniéndose uno más fresco, y lanzóse a la calle.

Había anochecido. Tras deambular un rato a la buena de Dios preguntó por el bar «La Tortuga» a un indígena que vendía montoncitos de café sobre un cajón desvencijado. El mercader puso una cara perpleja y no supo dar la respuesta esperada.

Prosiguió el paseo, y en su segundo intento por localizar el bar tampoco tuvo éxito. Empezó a pensar si el transportista marítimo lo habría engañado.

De pronto, cuando se había separado unas yardas de la última persona interrogada, llegó a sus oídos una voz conocida:

—Yo lo sé, señor.

Giró sobre sus talones, quedando asombrado al contemplar a Jim y Benvenuto en un solo cuerpo.

Acercóse a él, preguntándole:

—¿Qué es lo que sabes, Jim?

—Donde está «La Tortuga» ¿Quiere que lo lleve?

—¡Por todos los cacahuets del país!... ¡Eres mi providencia, muchacho!... ¿De qué lugar has salido?

—Le esperé a la puerta del hotel. Soy su criado, señor. ¿No lo recuerda? Le llevé la maleta desde el muelle.

—¿Y me has seguido todo el rato?

—Claro que sí. Usted me contrató hasta que se marche de Dakar.

Abandonaron aquel lugar, muy próximo al centro de la ciudad, internándose por callejuelas cada vez más estrechas y peor iluminadas. Kirk seguía al muchacho rozando con el brazo el bulto que en su chaqueta hacía la automática devuelta por el inspector Besnard.

Por fin desembocaron en una plazuela cuyo suelo estaba empedrado con guijarros. En un edificio, sobre la puerta, destacaba un farol en cuyo cristal brillaba la efigie de una tortuga.

Jim se sentó en cuclillas a la puerta del establecimiento, dando a entender que esperaba la salida de su jefe.

Howard penetró en el local, no muy amplio y atestado de gente que olía hediondamente. Tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar. Secóse las lágrimas que le hicieron brotar las náuseas y abrióse paso por entre la carne negra hasta llegar a un mostrador. Apenas pudo acodarse, el hombre que servía le puso delante un vaso en el que escanció vino sin hacer pregunta ni esperar petición alguna.

Kirk le dio las gracias con la mirada, ya que los líquidos que contenían los vasos vecinos debían ser detestables para el paladar de un blanco.

Bebió. Era vino francés de un «bouquet» discreto. Tuvo que vaciar de pie dos vasos más antes de conseguir una mesa libre. Se había dado cuenta de que existían dos camareros en el establecimiento, y deseó ardientemente que fuese el llamado Tom quien lo atendiese, para salir

cuanto antes del turgorio y respirar aire puro.

Uno de los mozos negros acercóse a la mesa rezumando sudor por todos los poros, hasta el punto de mostrar la camisa, que le cubría el torso, completamente adherida a la piel.

—¿Whisky, Tom?

El empleado lo observó con curiosidad y negó con la cabeza.

—No servimos *whisky*, señor.

—Todo es cuestión de dinero, ¿no, Tom? Yo estoy dispuesto a pagarlo.

—No tenemos *whisky* —repitió el otro.

—Bueno, puedes tener otra cosa que a mí me interese.

—¿Vino, señor?

Kirk aceptó para no llamar la atención, pero cuando Tom regresó con el vaso medio lleno le dijo, mostrándole la parte superior de un fajo de billetes que escondía en su mano:

—Quisiera saber dónde puedo encontrar a un tal Aldo Monti.

Tom dejó el vaso sobre la mesa y se retiró sin contestar.

Kirk tuvo que hacer un esfuerzo para no seguirlo y agarrarlo del cuello. Pagaba un precio muy alto por permanecer allí a la espera de una simple información ¿No habría exagerado el marinero respecto a la extraña facultad de Tom?

Esperó unos minutos, siguiendo con la mirada al camarero en sus viajes de las mesas al mostrador y viceversa.

Por fin volvió y se agachó, limpiando el velador con un trapo, mientras decía:

—Calle Liautey, 72.

Kirk abrió la mano, y su informante recogió el dinero, alejándose enseguida con paso rápido.

Apenas salió a la calle, Howard respiró a pleno pulmón e indicó a su guía, que se había puesto en pie de un salto, le condujese a la dirección dada por Tom.

La calle Liautey resultó ser una avenida moderna, con algunas casas rodeadas por un jardín. La que ocupaba el número 72 era una de estas. No se veía luz alguna procedente de sus ventanas. Hallábase envuelta en la más impenetrable oscuridad. Kirk ordenó a Jim que lo aguardase en el número 60, y después saltó la verja. Sus pies hollaron una tierra alfombrada de corta hierba. Acercóse cautelosamente a la casa y subió los tres peldaños que había hasta llegar a la puerta. Sacó un llavero que, entre otras cosas, tenía una ganzúa. Lo llevaba siempre en la maleta para echar mano de él cuando se presentaba una coyuntura difícil, cosa frecuente en su profesión.

En pocos segundos abrió y se coló en su interior, cerrando suavemente tras sí. Se mantuvo quieto un rato, con la pistola en la mano, acostumbrando sus ojo a la oscuridad. Luego empezó a deslizarse evitar de

los obstáculos que encontraba a su paso. Recorrió un gran vestíbulo, deteniéndose de nuevo al pie de una escalera, dudando si registrar primero las habitaciones de la planta baja o subir. Se decidió por lo último.

Una vez arriba recorrió un pasillo y abrió la primera puerta que encontró. No, no había nadie dentro. Era un dormitorio del que emanaba el olor típico de las habitaciones no utilizadas durante mucho tiempo.

Pasó a la segunda habitación. También estaba ocupada en parte por una cama y no tenía el olor de la que había examinado anteriormente.

De repente una voz salió de un rincón.

—Deje caer la pistola con esa suavidad que le caracteriza o le pongo al rojo vivo el estómago...

CAPÍTULO IV

Kirk obedeció. La pistola golpeó sordamente en la alfombra.

—Dé cuatro pasos hacia adelante —ordenó la misma voz de antes.

Dio los cuatro pasos.

Se encendió una lámpara central y Kirk volvió la cabeza hacia la puerta para ver a su oponente.

Era un hombre bajo y regordete, de ojos verdosos y sonrisa tan falsa como los brillantes que lucía en los dedos, los cuales esgrimían una pistola con silenciador.

—Así que usted es Monti —murmuró Kirk.

—Americano, ¿eh? —dijo el otro, e hizo una mueca como si le hubieran puesto un arenque podrido ante la nariz.

—No me diga que son sus favoritos.

Monti avanzó preguntando:

—¿Quién le dio el soplo?

—Un viejecito. El pobre no puede vivir con la jubilación y se gana un plus trabajando horas extras.

—Muy gracioso —Monti golpeó el mentón de Howard con la culata del arma para lo cual tuvo que ponerse de puntillas.

El agredido soltó un aullido de dolor y se arrugó. Entonces el italiano repitió el trallazo en la nuca y aquel se desplomó como si se hubiese convertido en uno de aquellos sacos de cacahuets que había visto en el muelle.

Estuvo a punto de perder el conocimiento, pero tras unos minutos de reposo fue recobrándose y pudo ponerse en pie. Monti lo había cacheado en el suelo y examinaba ahora su pasaporte con la misma sonrisa del principio.

—Kirk Howard, corresponsal de la Mac Millan... Estupendo... Apuesto a que es usted uno de esos chicos tan avispados que salen en las películas.

—No me adule, Monti. No pienso cambiar de agencia aunque me duplique el sueldo...

—¿Lo ve? Hasta sigue haciendo chistes. Espere a recibir una dosis de mi receta y se sentirá más optimista.

—¿Qué está esperando? Conozco la medicina. Lo cura todo al instante.

—Antes ha de contarme qué es lo que le ha inducido a meter el hocico en mi olla.

—¿De veras no lo sabe?

—¡No!

—Bien; usted envió al «Rouge et Noir» de Casablanca una vocalista,

May Cooper. La conocí la noche en que debutó y fuimos juntos a pasar el rato. Luego la acompañé a un apartamento. Yo había bebido mucho y me quedé dormido. Cuando desperté, caí en manos de la policía. May estaba muerta muy cerca de mí. Le habían golpeado la cara y luego pegado un tiro en el pecho.

—Eso le pasa por no beber leche.

—Es un buen consejo y sentiré no tener oportunidad de ponerlo en práctica. ¿Qué me dice de ese crimen?

—No tengo nada que ver con él.

—¡Qué maravilloso muchacho es usted, Monti! Hasta puede que envíe un donativo todos los meses al hospital de la ciudad.

—¡Déjese de bromas! ¡Le digo que estoy limpio de eso!

—¿Y por qué se esconde de la policía? ¿Por qué no coopera con ella?...

—¡No puedo hacer nada!

—Dígame, ¿cómo ha logrado permanecer aquí sin ser descubierto?

—Un amigo de la Comisaría me comunicó que querían verme y el objeto de la visita. Entonces me refugié en esta casa. Pertenece a un amigo que se encuentra ahora en Francia.

Kirk se dijo que Tom debiera ser nombrado comandante de todas las fuerzas policíacas de Dakar. Claro que, probablemente, en cuanto recibiese el nombramiento, dejaría de estar informado de las entradas y salidas de los delincuentes.

—¿No sabe quién la mató?

Monti se humedeció los labios.

—¡Ya basta de preguntas! ¡Le llegó su hora!

—¿Qué va a hacer con mi cadáver?

—No se preocupe. Lo enterraré esta misma noche en el jardín.

—Póngame bajo un rosal de rosas rojas. Son mis preferidas.

Kirk se vio perdido y, sin un titubeo, lanzóse sobre Monti en un salto digno de un león rabioso. Cuando su cuerpo rasgaba el aire oyó el suave ronquido de la pistola. La bala le rozó la frente, picoteando la pared. Luego se produjo el choque. Monti crujió como un barril y cayó hacia atrás dando varias vueltas en el suelo, pero sin soltar el arma. Kirk intentó desesperadamente conservar la vertical y, consiguiéndolo, prosiguió su carrera hasta llegar junto al italiano. Entonces pegó un pisotón en la mano armada, y Monti lanzó un quejido cavernoso, abandonando la pistola.

Kirk se encontró con ella en la mano, inundándole el rostro una sonrisa de satisfacción.

—Bien, muchacho —dijo—. Se cambiaron los papeles.

Monti se levantó resoplando, en tanto dirigía una mirada de odio a su vencedor.

—¿Me va a entregar a la policía?

—¿No le he dicho que es usted un tipo inteligente, Monti? Sí, señor,

sabe utilizar el cerebro... Pero yo quiero las primicias de su declaración, compañero. Ya sabe, los chicos de la prensa somos así de avisados, casi tanto como los de las películas.

—¿Y si colaboro con usted, Howard?

Kirk miró a su interlocutor con atención.

—¿Cree que soy de su calaña, Monti? No acepto esa clase de colaboraciones...

—¿Y si fuese cierto que yo no he tenido la más mínima participación en la muerte de May Cooper?

—¿Piensa que salgo ahora de la escuela de párvulos?

—¡Le juro que es cierto! ¡Tiene que creerme...!

—¿Por qué se escondió entonces en cuanto supo la muerte de May y que la policía lo buscaba para interrogarlo?

La cara del italiano transpiraba un sudor que le bajaba por la barbilla, goteándole la camisa.

—Porque... —vaciló unos segundos, mordióse el labio inferior, pero terminó por abrir la espita—, la muerte de May significa la mía...

—¿La muerte de usted?... ¿qué clase de cuento me pretende endosar?

La entereza que había mostrado el italiano minutos antes con la pistola en la mano se iba desmoronando. Ya no sonreía, ni siquiera falsamente, y el miedo había tomado posesión de su cuerpo.

—Yo fui quien envió a May a Casablanca... —dijo.

—Eso ya lo sé —interrumpió Kirk—. No repita mi propia historia.

—Es que no sabía que Joan había caído en desgracia con ellos.

—¿Joan?

—Era el verdadero nombre de May. Joan Rose.

—¿Quiénes son ellos?

—Charles Griffin y Fass Van Eyck.

—Esto empieza a ser otra cosa. Hábleme ahora de ese par de tipos.

—Son los que se encargan de buscar y reunir la mercancía.

Monti hizo una nueva pausa y Howard chilló:

—¿Es que le voy a sacar todo lo que guarda a cucharadas? ¡Dese prisa, Monti!... ¿Qué mercancía?

—Esclavos.

Kirk quedó inmóvil como una estatua. Luego, poco a poco, sus ojos se fueron agrandando. Lanzó una carcajada, retrocediendo un paso. Había venido a África por cuenta de su agencia para informar a una sociedad americana sobre la esclavitud, resultando falsa la supuesta pista que traía de Nueva York. Se había visto envuelto en un asesinato. Había discutido con Susan Mac Millan, despidiéndose de ella y de su negocio, y saliendo por la puerta trasera. Todo por investigar la muerte de una joven compatriota. Y he aquí que, ahora, cuando menos lo esperaba, hallábase sumergido en la misión por la que había cruzado el Océano.

Monti se había asustado más al ver su actitud. Quizá pensase que se las tenía que ver con un paranoico.

Por ello lo tranquilizó, diciéndole:

—No se preocupe, Monti. Me he acordado de que mi tatarabuelo poseía quinientos esclavos en sus plantaciones de Virginia y cuando terminó la guerra civil tuvo que dedicarse a vender cestas de mimbre. ¿Qué decía de esos esclavos? Debe ser interesante.

—Griffin y Van Eyck los compran en el norte de Nigeria. Luego los llevan en camiones hasta el Tibesti, en el T Chad, y los revenden a los que los colocan en las costas del Mar Rojo...

—Debe ser un magnífico negocio.

—Lo es.

—¿Y qué pintaba Joan en él?

—Joan era la novia de Griffin.

—¿Qué pasó entre ellos?

—Rompieron, pero yo no lo supe hasta mucho después. El caso es que Joan se presentó hace unas tres semanas en mi despacho de la calle de la Bastilla. Me dijo que se había casado con Griffin y que este, como uno de los regalos de boda, había consentido en hacerle un favor. Consistía en ayudar a colocar en algún local nocturno de cualquier ciudad más al norte, a una amiga suya. Esta amiga se llamaba May Cooper y carecía de pasaporte, por lo que debía prepararse también uno en regla, pero con fotografía de Joan, porque May había tenido dificultades con la policía.

—¿No olió usted nada anormal? La cosa parecía demasiado enrevesada.

—Conocí a Joan hace algunos años, cuando recaló en Dakar. Era una muchacha animosa e incapaz de decir una mentira. Luego, ya sabe lo que pasa, el ambiente, los hombres de aquí...

—Total que usted la envió a Casablanca.

—Naturalmente, sin saber que era a ella misma a quién contrataba.

—¿Qué pasó después?

—Al día siguiente de entregar el pasaporte a Joan apareció por mi despacho Van Eyck preguntándome por la joven. Me bastó una mirada a su rostro para ponerme en guardia. Le dije que hacía meses no la había visto, inquiriéndole al propio tiempo si pasaba algo. Solo me declaró que ella y Charles Griffin habían roto y que había que evitar que Joan fuese con el sople a alguien... Van Eyck se marchó echando sapos y culebras por la boca. De algún modo debió enterarse de que Joan se había largado a Casablanca con el nombre de May Cooper...

Kirk se acordó de Tom, el sabueso que trabajaba en «La Tortuga».

—¿Fue usted quien eligió Casablanca, Monti?

—Abastezco al «Rouge et Noir» de artistas, y su gerente, amigo mío, me pidió por aquellos días una vocalista. Por eso, al enterarme del asesinato de Joan, me escondí. No por la policía, sino por Griffin y Van Eyck. Al dar

con Joan sabrían al instante, interrogando al encargado del local en que trabajaba, que yo era quien se la había enviado. Cuando mentí a Van Eyck, labré mi ruina. En aquel instante pensé que Joan estaría a salvo y que no darían nunca con ella...

Kirk paseó unos instantes por la habitación, cuidando no dar nunca la espalda al italiano.

—Hay algo que no queda suficientemente aclarado, Monti.

—¿De qué se trata?

—De usted. ¿Qué demonios pinta entre estos bandidos?

—Yo... pues... —el regordete titubeó, volviendo a sudar.

—Es un socio de ellos —acusó el americano.

—¡No...!

—¿Entonces? ¿Qué espera para confesar la verdad? ¿O prefiere que yo se la diga? Ellos trafican con carne negra y usted con la blanca...

—¡No es cierto...!

—Sé cuál es su papel, Monti. Agente o representante artístico. No está mal, ¿verdad? Es un buen gancho. El mejor. Usted, en su calidad de representante, contrata a artistas europeas o americanas. Vocalistas o bailarinas. No importa su especialidad, sino que sean bonitas y bien formadas. Les ofrece un contrato fabuloso pero a largo plazo. Ellas llegan aquí, o a cualquier ciudad de la costa, y debutan. Luego trabajan unas cuantas noches más. De pronto el dueño del local dice que el negocio va mal y que no les puede pagar. Quizá cobren únicamente lo que les corresponde por su trabajo en la primera noche. Acuden a usted en son de protesta. Entonces usted les dice que lo siente mucho, pero que tratará de sustituir el contrato rescindido por otro aún más ventajoso. Solo tendrán que esperar unos días, y hasta les sugiere que se alojen en el mejor hotel para rodearse de una aureola de brillantez que irá bien con su nuevo debut. Pero los días y las semanas pasan sin que llegue el nuevo contrato. Ellas se gastan hasta su última moneda, y cuando están al borde de la desesperación, usted se atreve a mostrar su verdadero rostro, que es tan repulsivo o más que la máscara tras la que se esconde. Les habla de las mil y una noches, de diamantes, de oro, de joyas... y finalmente esas chicas van a aumentar el harén de un reyezuelo de la selva o de un árabe del desierto...

Monti estaba blanco como la pared escuchando el implacable martilleo de las acusaciones de Kirk.

—¡Usted, Monti, abastece de esclavas blancas a Griffin y Van Eyck, recibiendo a cambio un puñado de dinero!... ¡Es una víbora tan repulsiva como sus compinches y solo merece que le pisotee la cabeza!... ¡o que le vacíe este cargador en su barriga de batracio...!

—¡No! —gritó el aludido, en el paroxismo del terror, viendo el amenazador gesto de Howard—. ¡No puede matarme...!

—¿Por qué no?

—Sería un asesinato.

—La humanidad contraería una deuda conmigo, no yo con ella.

—¡Espere, señor Howard...!

Monti estaba a punto de caer de rodillas, de llorar, de suplicar por su vida.

—¿Resta alguna información? —preguntó Kirk.

—Sí —el italiano meneó la cabeza nerviosamente, de arriba abajo.

—¡Suéltela...!

—¿No me matará?

—Según el valor de lo que tenga que decir.

—Griffin y Van Eyck encubren a una persona... Es el verdadero jefe del negocio...

—¿Quién es? ¿Cómo se llama ese hombre?

—Lo ignoro.

—¿Qué lo ignora? —Kirk levantó ligeramente el cañón de la pistola.

—¡No lo sé!... ¡Se lo juro!... ¿Por qué había de engañarle habiéndole contado todo lo demás?

El corresponsal comprendió que esta vez su prisionero decía la verdad.

—Está bien, Monti. Se ha ganado el indulto. Salga ahora. He de entregarle a la policía...

—¡No, señor Howard! —ahora sí que los ojos del italiano se anegaron en lágrimas—. ¡Me condenarán!... ¡No debe hacer eso conmigo!... Le diré más...

—Ahórrese la otra mitad del discurso, Monti.

—¡También hay un nuevo socio!... Llegará dentro de unos días en el vapor correo... Es Jeff Hudson, un compatriota suyo...

—¿Un americano también?

—Sí, señor. Es primo de Griffin. No se ven desde niños. El negocio marchaba bien y necesitaban un hombre de confianza. Griffin pensó en Hudson. Este ha sufrido varias condenas en los Estados Unidos.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¡Pues andando, Monti!

—¿Va a entregarme?

—Naturalmente. ¿Ha creído que contándome lo del nuevo socio me iba a enternecer? A ese respecto soy una roca y... —de pronto Kirk guardó silencio, manteniéndose pensativo un momento y preguntando después—: ¿Qué edad tiene Jeff Hudson?...

—No lo sé exactamente, pero creo que estará rondando la edad de Griffin. De treinta y cinco a cuarenta años.

Kirk clavó sus pupilas en las de su interlocutor.

—¿Qué le pasa, señor Howard? —preguntó el agente artístico.

—Me ha dado una idea, Monti. Un poco descabellada, pero quizá valga la pena ponerla en práctica. Es a usted a quién más le conviene. Escuche...

CAPÍTULO V

Kirk vio enfilar al vapor correo la bocana del puerto. Pasados unos minutos, atracaría en el muelle y empezaría la gran aventura.

Había desplegado una enorme actividad durante los últimos días.

Envío al inspector Besnard un telegrama concebido en los siguientes términos:

«Ruégole solicite urgentísimamente Estados Unidos ficha completa e historial de Jeff Hudson, condenado reiteradamente. Le llamaré telefónicamente mañana tarde. Importante para caso May Cooper».

A Susan Mac Millan le mandó otro que decía así:

«Estoy sobre la pista que interesa Agencia. Urgente previsión de fondos. Inmediata cena. «Hotel Palmera». Dakar».

Posteriormente sostuvo la conversación telefónica con el inspector, recibiendo lectura del *dossier* solicitado, poniéndose en condiciones de identificar a Hudson aunque fuera entre los espectadores de un match de «base-ball».

A cambio de ello no había dado nada al inspector, por cuanto al empezar este a hacer preguntas, le contestó que lo informaría más adelante y colgó.

De Susan recibió una de sus más cortas respuestas: «Húndete en el cieno».

Suponía que no creería lo de la pista, pero su cada vez más ruinosa hacienda, le había obligado a dar ese paso.

En lo que se refería a Monti, lo había dejado en la casa de la calle Liautey, en la seguridad de que no saldría de ella por temor a morir como Joan. Optó provisionalmente por no entregarlo a la policía, no porque se sintiese obligado hacia él por sus confidencias, ya que no le había prometido tal salvaguardia, sino porque convenía al plan que se disponía a desarrollar.

El punto más interesante era el que se refería a esta circunstancia: Hudson se debía encontrar con su primo en Fort Harcour, Nigeria. Por ello Kirk, mientras el barco empezaba a atracar, pedía al cielo que Griffin no hubiese cambiado de opinión.

Apenas tendieron la escalerilla a tierra, subió el primero, mostrando al

oficial que había arriba su carnet profesional, lo que le proporcionó vía libre.

Luego, caminando lentamente por el puente, fue observando a los viajeros que se asomaban para ver a los primeros que esperaban en el muelle.

De pronto lo distinguió, acodado indolentemente en la barandilla. Alto, fuerte, de cabello moreno y ojos pizarrosos. Vestía un traje marrón con corbata de colores chillones.

Kirk tragó saliva, inspiró profundamente y gritó:

—¡Primo Jeff...!

Hudson se volvió como un rayo.

Era el momento cumbre. Howard mantenía la esperanza de que los dos primos no habrían intercambiado fotografía alguna de sus respectivas efigies en una buena porción de años. Al menos eso es lo corriente entre hombres, máxime si se trata de aventureros poco apegados de por sí a la familia. La llamada de Griffin a Hudson estaba fundamentada en razones de conveniencia, ya que aquel pretendía ampliar el negocio, y de seguridad, por la magnífica hoja de servicios de Jeff en el camino de la delincuencia. Pero eso no indicaba que entre ellos mediase un afecto tan grande como para andar enviándose fotos.

De todas maneras quedaba una posibilidad de que se equivocase en su suposición, por lo que el corazón le aceleró los latidos cuando vio que Hudson lo examinaba concienzudamente.

—¡Que me emplumen! —exclamó al fin—. ¿Eres tú, Charles?

—¿Quién si no, grandísimo bribón? —retrucó Kirk.

Jeff tendió la mano y cambiaron un fuerte apretón entre sonrisas.

—Me escribiste que me esperarías en Port Harcour —dijo el recién llegado.

—Tuve que venir la semana pasada a Dakar a arreglar unas cosas y decidí esperar unos días más para darte la bienvenida. Así no harás el viaje a Fort Harcour tan solo.

—Creo que has hecho bien. Podremos hablar de tu negocio. Debe ser muy bueno para que soportes este maldito clima...

—Todo es cuestión de acostumbrarse.

—A mí me parece que lo importante es el dinero, primo Charles...

Kirk soltó una carcajada, pellizcando el hígado de Hudson.

—Eres un elemento de cuidado, primo Jeff. Vas al grano como un rayo. Efectivamente el asunto gira alrededor de los billetes.

—Me dijiste que hacerse con ellos es tan fácil como recoger una cosecha de lechugas.

—Así es, Jeff. Te pondré un nuevo ejemplo. Aquí los billetes cuelgan de los árboles como los cocos o los plátanos. Solo tiene uno que molestarse en estirar la mano y cogerlos.

—Bueno, ya estoy deseando llegar a ese paraíso. ¿Cuándo nos vamos a Fort Harcour?

—Embarcaremos mañana. Ahora te vas a venir conmigo. Te tengo preparada una fiesta de recepción.

—¿Una fiesta? Me gustan con locura. Tenías que ver las que armamos yo y los muchachos allá en Chicago. Algo grande.

—Esta no será como esas que dices, naturalmente. Dakar no es Chicago. Digamos que será una fiestecita íntima...

—Como de entre primos —rio Jeff.

—¡Eso es! Has dado en el clavo —carcajeóse también Kirk.

Una hora más tarde, un taxi, llevando a los dos y el equipaje del viajero, se detenía ante una casa de detestable aspecto de un barrio extremo de la ciudad.

Hudson frunció el entrecejo, contemplando el edificio.

—Eh, Charles... No irás a decirme que vives en esta pocilga.

—Espera a ver el interior. En África, por efecto del clima, las fachadas de los edificios están constantemente sucias y descascarilladas. Es en el interior donde sus habitaciones extreman las comodidades, rodeándose de un lujo oriental.

—Bien, me tragaré mis palabras si es como tú dices. Pero tendré que verlo para saber que es cierto.

Entraron en la casa por una pequeña puerta y traspusieron un pequeño vestíbulo. La habitación en que desembocaron estaba ocupada por una mesa de madera carcomida, coja de una pata, una piel de pantera que olía a putrefacción y los restos de varios cojines diseminados por el suelo. Un negro de mirada fría se hallaba de pie, recostado en la esquina de lo que en tiempos remotos fue un armario.

Hudson, maleta en mano, recorría con la mirada, perplejo, el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Cuando terminó el examen giró hacia atrás, donde se hallaba Kirk, preguntando:

—¿Qué clase de...?

No llegó a terminar la frase al ver la pistola que esgrimía el hombre que había acudido a recibirle al muelle.

—¿Es una broma, primo Charles?

—Nada de broma y nada de primo, Hudson.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Jeff, echando el torso hacia adelante.

—Que se acabó el parentesco. No soy tu primo Charles.

—¿De la poli? —sonrió el de la corbata chillona, recobrándose rápidamente—. Estoy limpio de culpa. Ni siquiera conozco a Griffin.

—Tampoco soy de la poli, Jeff. Pero para ti, como si lo fuese.



—Tampoco soy de la «poli», Jeff...

Hudson borró la sonrisa de los labios.

—Cuéntamelo —dijo—. Seguro que me interesará.

—No hay nada que contar. Solamente que vas a permanecer en esta casa durante algún tiempo.

—¿En este asqueroso estable?

—Seguro. Me he ocupado de que te dejen una habitación solo para ti. Es aquella —Kirk señaló una puerta—. Abre.

Hudson obedeció, entrando en un cuarto que se diferenciaba del que acababa de abandonar en que un jergón sustituía a la piel de leopardo y una silla a la mesa. También había una palangana y una argolla con un cadena que partía de uno de los rincones. Un ventanuco enrejado daba alguna luz al conjunto.

—¿Y quieres que yo permanezca aquí? —chilló Jeff, mirando ominosamente a Kirk.

—Seguro, muchacho. Es tan buena como una celda de Sing-Sing.

—¡Pero yo no he hecho nada en este maldito país! ¿Qué tienes contra mí?

—Lo hiciste en el nuestro. Conozco tu ficha, Jeff. Mataste a una joven de dieciocho años y, después de estar unos meses en la cárcel, cuando llegó el juicio, tu abogado consiguió un veredicto de inocencia valiéndose de martingalas.

—¡No se pudo probar nada!

—Pero fuiste tú. Eso es lo que importa. De buena gana te dejaría en este encierro hasta que tus huesos se convirtiesen en polvo. Mas solo estarás el tiempo que invierta en ajustar unas cuentas pendientes... ¡Oqu! —llamó.

El negro entró en el rústico dormitorio, en tanto Kirk cacheaba a Hudson, quitándole la pistola que llevaba en la sobaquera.

—¡Siéntate, Jeff...!

El primo de Griffin se sentó en la silla, y el negro cogió la cadena que descansaba en el suelo.

Jeff, al ver que lo iban a encadenar, botó de la silla, pero Kirk le golpeó en un hombro y volvió a caer en el asiento lanzando un grito. Oqu aprovechó la ocasión para aprisionarle un tobillo.

Luego todo fue fácil. Kirk se hizo informar ampliamente de los asuntos familiares concernientes a Charles Griffin y al propio Hudson. Este no sabía mucho de su primo, pero para el corresponsal fue bastante lo que dijo.

Poco después, Howard salía de la habitación, no sin antes obligar a Jeff a que le hiciese un préstamo de ciento cincuenta dólares, encontrando en la otra a su guía.

—Bien, Jim —dijo Kirk—. Tú y tu hermano me habéis hecho un gran favor. Ahora debéis cuidar de que no se escape.

—No se preocupe —repuso el muchacho—. Mi hermano lo vigilará día y noche. Yo iré con usted. Soy su criado.

El periodista sintió tener que decepcionarle.

—Lo siento, Jim. Adonde voy no puedes acompañarme. Pero volveré pronto.

El mozalbete puso una cara compungida, más sonrió pronto al recibir un afectuoso tirón de orejas y cincuenta dólares para atender los gastos del prisionero y los de sus guardianes.

Poco después Kirk abandonaba la casa convertida en prisión de Jeff Hudson, el hombre cuya personalidad iba a usurpar.

CAPÍTULO VI

Kirk cerró su camarote y echó a andar con paso elástico por el corredor. El buque en que se dirigía a Fort Harcour, adscrito únicamente a la línea entre esta ciudad y Dakar, estaba atracado en el muelle de Conakry, capital de la Guinea francesa.

De pronto, al doblar la curva del pasillo, tropezó con una persona que venía en sentido contrario y no pudo evitar que ella cayese al suelo al perder el equilibrio.

Su cuerpo adquirió la rigidez del cartón contemplando, sentada en el suelo, a una mujer de mágica hermosura. Tendría unos veintitrés años y su cabello era de un negro intenso, los ojos azules, el cutis blanco, terso y firme, las piernas largas, deportivas. Se cubría con un vestido blanco y la cabeza con una pámela color paja. Los brazos, de manos delicadas, aparecían desnudos.

—Bueno —dijo la diosa sonriendo—, ¿me ayuda a levantarme?

Kirk todavía observó el nuevo encanto, unos dientes como la leche, perfectos. Volvió a la realidad.

—¡Oh, perdone! —la cogió del brazo, estremeciéndose al sentir la tibieza de la carne de la hembra.

—No tiene importancia —repuso la joven y fue a proseguir su camino, pero no pudo porque él la seguía sujetando.

—¿Me devuelve el brazo? —inquirió ella como en una súplica, pero con un mohín de ironía en los labios.

—Sí, claro que sí —acertó a murmurar Howard, y se quedó inmóvil hasta que ella desapareció por el recodo.

Lanzó un suspiro y meneó la cabeza. ¿Da dónde había salido aquel ángel? Juraría que en Dakar no formaba parte del pasaje. Probablemente había subido a bordo en una de las escalas anteriores a Conakry, en Eathurs, Garmia o en Bissau, Guinea portuguesa.

Descendió al muelle y, durante un rato, anduvo sin darse cuenta de nada, con el pensamiento puesto en la maravillosa pasajera.

Una voz le preguntó:

—¿Sube al «pousse-pousse», señor?

Era un negro de edad indefinida quien le invitaba a dar un paseo en un cochecito con ruedas cubiertas de goma, un toldo de tela que daba sombra al asiento y al respaldo, y dos varas finas unidas por delante por un travesaño de madera.

Kirk se decidió a subir, y el negro apretó las varas con las manos, el pecho contra el travesaño, y se puso a correr.

El «pousse-pousse» cruzaba una avenida ancha y recta, limitada por la selva de mangros y árboles de enormes raíces, a ras del suelo, que como brazos de seres hundidos en la tierra roja, trataban de salir de la espesura y dominar la carretera.

Grandes lagartos, de cabeza amarilla, cuerpo color cobalto, cola encarnada y verde, se encaramaban por las arrugas de los troncos o languidecían sobre el polvo, bajo el fuego del sol.

En conductor del coche había perdido velocidad, vencido por la fatiga. Llevaba un trapo azul alrededor de la cintura y su espalda desnuda se ondeaba con el esfuerzo, chorreándole el sudor por los surcos de las costillas.

Kirk, que se había sentido atraído en un principio por el paisaje, detuvo la mirada en el negro al notar la lentitud de la carrera.

Su mente se llenó entonces de imágenes. Los antiguos esclavos atados a los carros y a las ruedas de molino. ¡Aquella espalda agachada, entre varas, bajo la rabia implacable del sol!

—¡Para! —ordenó bruscamente, como si despertara de una pesadilla.

El negro frenó en seco y cuando su viajero saltó del coche empezó a lamentarse.

—Lo siento, señor... No es mía la culpa... No soy joven... Estuve enfermo... Suba y le juro que correré más...

—No se trata de eso —repuso Kirk mordiéndose el labio—. Lo has hecho bien. Solo quería saber qué tal se iba dentro. Ahora continuaré a pie. Toma.

Le alargó un dólar, y el negro abrió unos ojos como si estuviese viendo que a su «pousse-pousse» le habían nacido alas.

Kirk continuó el paseo, llegando a una calle en que todo eran tiendas. Los propietarios, sirios de caras pálidas como la mantequilla rancia, contrastaban con el color de alquitrán de los dependientes indígenas.

Las tiendas eran largas y estrechas, de madera y ladrillo. Las mercancías llenaban las estanterías que ocupaban las paredes. Paños, botes de conservas, ollas y platos, pan, queso, pieles de mono, de serpiente, de lagarto, joyas para negras, de metal, estaño o vidrio, golosinas, papel de escribir, tinta, drogas...

Kirk vio desde la calle un collar de metal a la entrada de una tienda. Era muy bonito y pensó que le sentaría muy bien a la mujer con que se había tropezado al salir del camarote.

Entró, y al instante el dueño sirio acudió a su lado solícito preguntándole qué deseaba. Señaló el collar.

—Dos mil francos —dijo el tendero.

Pagó el precio y se llevó el collar. Cuando se había alejado unas yardas de la tienda, una voz gritó de repente:

—¡Kirk Howard...!

El corresponsal dio un respingo, sobresaltado. ¡El era Jeff Hudson desde que había salido de Dakar! ¿Quién lo llamaba por su verdadero nombre? Su cabeza giró como un rayo hacia el lugar de que procedía la voz. No vio más que a dos sirios y tres negros a las puertas de algunas tiendas que había dejado atrás. ¿No habría sido producto de su mente la llamada?

Sí, era la única explicación lógica.

El calor, la impresión que le había producido aquella joven...

Reanudó el camino y de nuevo gritaron:

—¡Kirk Howard!

Ahora no tuvo la menor duda de que su cerebro se encontraba perfectamente. Giró sobre sus talones. Estaba seguro de que la voz había salido de la tienda siguiente a en la que compró el collar.

Penetró en el interior.

—¡Kirk Howard! —gritó un loro que había en una jaula, a la entrada.

El descubrimiento produjo un asombro inaudito en el detective. ¡Un loro recitando su nombre en aquel apartado rincón del globo!

El dueño del establecimiento estaba frente a él, preguntándole qué quería.

—¡Ese loro! —señaló Kirk con la mano.

—Mil quinientos francos.

—No me refiero al precio. ¿Quién le enseñó a hablar?

—Un marinero me lo vendió hace unos meses. Se había cansado de él.

—¿Está en Conakry?

—No; se marchó.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—No me interesaba saber eso.

Kirk dio las gracias y se volvió para salir.

—Se lo puedo dejar en mil doscientos francos —sugirió rápidamente el tendero.

Howard negó con la cabeza, poniendo un pie en la calle. No podía llevarse el loro, precisamente porque conocía su nombre y podría traerle complicaciones.

—¡Ben Seiter! —chilló de pronto el pájaro.

El periodista pegó otro salto, volviendo a entrar en la tienda.

Entonces el dueño lanzó una carcajada, echándose hacia atrás.

Kirk le miró atentamente al rostro y su estupefacción llegó al paroxismo.

—¡Ben Seiter! —exclamó.

—¡Kirk Howard! —replicó el tendero, que se cubría con una especie de túnica blanca.

—¡Por todos los *boches* juntos!... —repuso Kirk, riendo también.

Los dos amigos, antiguos compañeros de armas, se abrazaron y, al separarse, dijo el corresponsal:

—No me llames por mi nombre y haz el favor de esconder ese loro.

—¿Te persigue la policía?

—No; pero viaje de incógnito.

—¡Esa sí que es buena, viejo! —rio de nuevo Seiter, palmeando la espalda de su amigo—. Dentro tengo una habitación donde podremos hablar.

Cogió la jaula del loro e hizo una indicación al dependiente para que estuviese ojo avizor contra los ladrones.

En la reducida estancia del interior. Seiter se despojó de su vestidura, quedándose a torso desnudo, y se limpió la cara con un paño blanco, dejándolo amarillento.

—Es grasa, ¿sabes? —le explicó a Kirk, que se había sentado sonriente en una silla—. Hay que echar mano al truco. Si uno no es sirio no vende nada.

Ben Seiter frisaba en los treinta y cinco años y era robusto, fuerte, de cabeza poderosa y grandes manazas.

—Pero ¿cómo diablos has venido a dar con tus huesos aquí, Ben? Te creía en Guatemala desde que nos licenciaron.

—La vida, muchacho, la vida. Estuve en Guatemala, pero allí no me fueron bien las cosas: devoluciones, atentados, saqueos... Vendí mi plantación y me fui a Tánger. Había oído decir que allí se podía hacer uno millonario en unos cuantos meses. Pero llegué demasiado tarde, cuando empezaron las vacas flacas. Resistí lo que pude hasta que un día me encontré allá con el dueño de esta tienda. Me habló de Conakry como si fuera una sucursal del paraíso. Decidí aceptar el traspaso antes de que me comiese los ahorros. Y aquí me tienes desde hace un par de años.

—Ben Seiter tendero. Nunca lo hubiera creído.

—Ya ves que me acuerdo de ti. El loro aprendió tu nombre antes que el mío. Te reconocí cuando entraste en la tienda vecina y decidí embromarte. Menos mal que el pájaro se portó como un amigo. ¿Y qué es de tu persona? Apuesto el gajnate a que continuas metiéndote cada día en un lío.

—Das en la diana, compañero. Es mi sino.

—¿De qué se trata?

—Ando detrás de una banda de mercaderes de esclavos.

—¡Diantre! He oído hablar de eso.

—¿Algo de particular?

—Sé lo que todo el mundo. Que compren negros o los sacan a la fuerza de las tribus y los venden luego muy lejos de su punto de origen, allá por la Arabia. ¿Puedo ayudarte?

—Estoy solo y probablemente son muchos.

—¡Cerraré la tienda y me iré contigo!

—No te dejaré hacer eso.

—¿Quién dice que no? Estoy cansado de esperar clientes, cansado de regatear precios, cansado de no mover las piernas y sobre todo los puños. No sabes la de veces que he recordado a Kirk Howard, envidiándole, porque él sí que estaría divirtiéndose a lo grande en cualquier punto del planeta. ¡He acabado de engordar, compadre! Hay un tipo que desde hace tiempo quiere quedarse con la cacharrería. ¡Se la endoso en media hora y nos largamos...!

Kirk se rascó el cogote.

—Hay un pequeño inconveniente, muchacho —objetó.

—Dime cómo se llama y le saco astillas del cráneo.

—No es lo que crees. Verás...

A continuación Howard puso al corriente de la situación a su excamarada de armas.

—Así es que tú eres el primo de ese bandido de Griffin —dijo Ben, terminado el relato—. Y claro, has de aparecer solo...

—Eso es. Si vinieses conmigo, entrarían en sospechas. Ya de por sí mi papeleta es difícil.

—Hay que encontrar una solución —durante un rato Seiter estuvo pensativo hasta que, de pronto, hizo chasquear los dedos, exclamando—: ¡Ya lo tengo!... Yo seré un cazador, una especie de asusta-leones. No iré contigo, pero me las arreglaré para estar siempre lo más cerca posible. Contrataré unos cuantos negros y un guía y les daremos el pego a esos traficantes.

—Eso te costará un montón de dinero ¿Cómo lo vas a recuperar?

—¡Al diablo el dinero! ¿Quién piensa en eso? Lo que yo necesito son emociones.

Seiter no dio su brazo a torcer y poco después se despedían, quedando en pasar por desconocidos en el barco hasta que surgiese la oportunidad de iniciar, aparentemente, una amistad. Kirk le advirtió a última hora que incluyese al loro entre las mercancías que debían pasar a poder del nuevo tendero.

A la hora de zarpar, Howard subió al puente, y el corazón le dio un vuelco al ver por segunda vez a la mujer del posillo asomada a la baranda del buque.

Se dispuso a abordarla, pero en aquel momento ella se volvió, abandonando la cubierta.

Admiró el suave contoneo de la hermosa hasta que las curvas fueron tragadas por una puerta, y luego se puso a silbar la canción «Hay una chica en este pueblo que me está volviendo loco».

CAPÍTULO VII

El mar y el cielo parecían enmohecidos. El viento empujaba velos de vapor hacia las costas. Llovía a cántaros, y el calor era sofocante. La lluvia, al caer sobre las olas, daba la impresión de que el mar entero estaba hirviendo.

Kirk, cada vez que sentía una gota en su piel, creía que entraba en contacto con baba caliente.

Todo estaba mojado, impregnado de lluvia y sudor.

La resaca se hinchaba y deshinchaba, alternativa, tumultuosamente, contra las empalizadas del muelle de Freetown, en Sierra Leona.

Las piraguas de los indígenas se acercaban al barco danzando sobre las olas.

La mayoría de aquellas embarcaciones no eran más que un tronco ahuecado por el extremo que servía de proa. Dentro, el negro, sentado hacia la popa, remaba con una pala de madera en forma de corazón.

Algunas piraguas eran más grandes, con capacidad para dos y hasta cuatro remeros.

A cada oleada, los pasajeros que contemplaban la curiosa escena, creían ver volar las piraguas. Pero el caso es que continuaban arriba de todo, sobre la espuma, con su hombrecito dentro.

Kirk vio a la pasajera que le quitaba el sueño en el momento en que ella pisó el puente. Se llamaba Mara Dunne. Había conseguido informes del mozo que atendía su camarote. Hacía el viaje sola y se dirigía a Fort Harcour. Él se había alegrado de esta coyuntura, ya que podría verla a menudo. Tal pensamiento se le había ocurrido cuando dejaron Conakry, pero lo cierto fue que la hermosa permaneció en su camarote y ahora aparecía por vez primera después de su voluntaria reclusión. Se cubría con un vestido adecuado al clima tropical, llevando encima un impermeable transparente. Acodóse en la barandilla, tres yardas más allá de donde se hallaba él.

Una larga piragua con dos remeros llegó bajo la bella. Dentro de la embarcación llevaban tres pequeños monos. Un negro los cogía levantándolos uno a uno y ofreciéndolos en venta.

Kirk dijo por sobre el hombro de Mara Dunne:

—¿Me permite que le regale uno?

Ella dobló la cabeza sonriente, mirándolo.

—¡Oh, no! Gracias. Allí donde voy tendré muchos.

—¿Quiere decir que va a vivir en el continente?

—Estoy viviendo desde hace algunos años.

El corresponsal arrugó la frente, no comprendiendo cómo la beldad podía permanecer en un mundo tan inhóspito. Mara se lo aclaró:

—Mi tío es el doctor Zachary Dunne. Dirige un hospital en Geidam, una aldea del norte de Nigeria.

—¿Y a usted le gusta eso?

—Soy enfermera y me encanta ayudar a los pobres negros.

Kirk pensó que si no fuera porque haría un poco el ridículo a los ojos de los demás pasajeros, hincaría las rodillas sobre cubierta para adorar a la mujer que, teniéndolo todo, sacrificaba lo mejor en beneficio de los salvajes.

—Creo que he sido un poco indiscreto, señorita Dunne.

—¿Me conoce?

Howard sintió enrojecer su rostro. ¡Y no le había ocurrido desde que le habló su primera novia, cuando él tenía dieciséis años!

—Sí —afirmó con la cabeza—. Pregunté su nombre al camarero.

—Yo no he podido saber el suyo. Mi camarero es nuevo y no sabe ni francés ni inglés.

La esperanza aleteó el corazón de Kirk.

—Hudson... —dijo—. Jeff Hudson.

Hubiese querido dar su verdadero nombre, pero las circunstancias mandaban. Quizá muy pronto podría rectificarlo, explicando el porqué del cambio de personalidad.

—¿Y usted qué ha venido a hacer aquí, señor Hudson?

—Pues... negocios. Ya sabe, África es el continente del futuro. Si uno anda listo ahora puede hacer dinero en poco tiempo.

—¿Se quedará aquí?

—¡Oh, no! Yo también voy a Port Harcour.

El barco había atracado y estaban echando la escalerilla.

Kirk carraspeó antes de preguntar:

—¿Puedo acompañarla, señorita Dunne?

—Si no se va a aburrir...

¡Aburrirse con ella! Pero si se iría al Polo Sur para vivir en su compañía, solos los dos, el resto de sus días!

Al descender del barco, la lluvia arreció.

Tuvieron que refugiarse bajo un cocotero. Las hojas del árbol contenían las pequeñas gotas, pero no las grandes que, con intervalos de minutos, caían como una exhalación hundiéndose en el suelo igual que clavos.

Kirk sentía a Mara junto a él y bendecía a la lluvia, al cielo, a las nubes, a África entera.

Para desgracia suya acabó la catarata, y la joven dijo:

—Ya podemos salir.

Abandonaron el refugio, y al cabo de un rato, transitaban por las calles de Freetown.

—¿Conoce usted la ciudad? —preguntó Kirk, mientras caminaban.

—He estado un par de veces antes. Le enseñaré algunas cosas típicas.

Él le hubiera contestado que lo típico, en todas las partes de la tierra, era amar y que lo demás equivalía a perder el tiempo. Pero se contuvo y se aprestó a presenciar escenas de la vida local.

Dejaron atrás el barrio europeo y se internaron por callejas flanqueadas por cabañas hechas de barro y cubiertas de paja.

A la puerta de una de estas, un viejo, sentado en una piedra, golpeaba con un bastón en un pilón ahuecado. Luego vaciaba en un cesto de hojas de palmera, el contenido, un arroz grisáceo de grano fino y alargado. Limpiaba el arroz liberándolo de la cascarilla.

Otro negro viejo meneaba un cucharón de madera dentro de un caldero de hierro, debajo del cual humeaban unos cuantos tizones con llama débil. El caldero estaba lleno hasta la mitad de pedacitos de madera, morenos, negros y ya tostados, de las tres clases. Era tabaco. Después del tueste, un ayudante machacaba los palos, transformándolos en finísimo polvo, en rapé.

Por una carretera rojiza llegaron hasta una aldea cercana. Mara dijo que era la aldea de los Kru.

Howard no vio más que casuchas construidas con trozos de cajas de madera en los que aún era posible leer los nombres de fábricas de cerveza, de mermelada y refinerías de azúcar, o bien hechas con tablones y planchas de hierro cubiertos por pedazos de esteras o de cinc ondulado.

Delante de las puertas había niños desnudos, mujeres con el paño a la cintura y el busto descubierto, mesitas con algo para vender, plátanos, pifias de ananás, cacahuetes, pálidas panochas de maíz, bolas de jabón.

Una muchacha atendía a la fabricación del jabón. Dentro de una palangana de hierro esmaltado tenía una pasta negruzca y blanca. Cogía un puñado de masa y hacía una bola alisándola con la palma de la mano. Eso era todo. Luego la ponía sobre un plato de madera junto a otras, listas para la venta.

Tres horas habían transcurrido desde que los dos jóvenes bajaron del buque.

La tierra rojiza había chupado el agua de un solo trago. De golpe estaba seca otra vez.

Regresaron al muelle, siguiendo la costa.

El mar tenía ahora un color marrón. Por el cielo viajaban aún muchas nubes que el viento empujaba hacia levante.

En el muelle, un negro tenía colgados de las manos tres pequeños cestos de hoja de cola, rojos y amarillos, amarillos y negros. Eran redondos y con tapadera.

—¡Qué bonitos! —exclamó Mara, al verlos.

Kirk compró uno, pagando al vendedor un chelín, y lo entregó a la

enfermera sintiéndose otra vez un chiquillo. Luego le dio el collar.

Comieron juntos a mediodía y volvieron a salir por la tarde. Ella le preguntó por su vida, y Kirk se vio en un apuro para responder con evasivas, ya que no deseaba engañarla más contándole la historia de Jeff Hudson.

A la noche, después de cenar, salieron al puente.

Hacía una noche tropical, y la luna prestaba su inigualable cooperación a la hermosura de la escena.

Acodados en la barandilla, mientras él fumaba un cigarrillo, escuchaban en silencio el sordo ruido del mar y aquellos otros, más sonoros, que llegaban del continente, graznidos de pájaros, el suave roce de la brisa con las hojas de los cocoteros...

Arrojó la colilla al mar. La punta ígnea bajó vertiginosamente, sepultándose en el agua.

La mano de él buscó la de la joven y al sentir que ella no la retiraba, la fue subiendo por el brazo femenino.

Sus bocas se juntaron.

Kirk deseó que aquel momento no terminase nunca.

CAPÍTULO VIII

Un grupo de pasajeros contemplaba desde cubierta los numerosos castillos, de un blanco deslumbrante, que guarnecían la costa frente a la que el buque cortaba las aguas, en ruta hacia Acera.

Lo componían Mara Dunne, Kirk en su personalidad de Jeff Hudson, Ben Seiter, cazador deportivo que se dirigía a Nigeria para realizar un safari, y un matrimonio integrado por Arthur Taylor, inglés, y su esposa Dominique, francesa de nacimiento, propietarios de una concesión maderera en el río.

Había sido fácil para los dos antiguos compañeros de armas establecer contacto sin levantar sospechas. Es cosa corriente entablar amistad durante un viaje. Los esposos Taylor eran vecinos de camarote de Kirk. Dominique, morena, menuda, de ojos muy grandes, tenía en el rostro un perenne mohín de picardía. Arthur era un ejemplar típico de su raza, alto, rubio de ojos claros y maneras de *gentleman*.

—¿Qué son esos castillos? —preguntó Ben Seiter, contemplando las almenas de las torres y los escarpados muros.

Arthur Taylor se quitó la pipa de los labios para contestar.

—Ese que usted mira ahora es el castillo William, el próximo es el Macarti y hemos dejado atrás el de Elmina, el Victoria y otros. Ingleses, franceses, holandeses, suecos y hasta daneses se disputaban los mercados de esclavos. Construían fortalezas y luchaban entre sí, haciéndose unos a otros la competencia... Esos muros han sido coronados muchas veces por las llamas de los cañonazos y los tiros de arcabuz.

—Menos mal que todo eso ha acabado —comentó Ben, con el evidente deseo de buscar información para Kirk.

Siguió una pausa. De pronto, Mara dijo:

—Desgraciadamente, su suposición no es cierta, señor Seiter...

—¿Qué quiere decir, señorita Dunne?

—Que hoy en día continúa existiendo esa tara de nuestra Humanidad, el tráfico de esclavos.

—¡Por Dios, no hablará usted en serio! Vivimos en el siglo XX —Ben hizo una mueca de sorpresa—. He oído algo respecto a no sé qué historias de venta de negros, pero siempre he pensado que se trataba de vulgares patrañas...

—No lo son —contestó Mara, en actitud pensativa, mirando hacia la orilla—. Me consta que se ha recrudecido ese vil negocio...

—Bueno —dijo Taylor—. Aunque así sea... No hay que darle demasiada importancia.

Seiter saltó, inquiriendo:

—¿Usted cree? Hace tiempo que mi país hizo una guerra para exterminar la esclavitud...

—Pero recuerde que usted se refiere a una nación civilizada. Eso no reza para África. Aquí existen centenares de tribus de indígenas que se encuentran en iguales condiciones que nuestros antepasados de la época prehistórica. Han de pasar por las mismas y sucesivas etapas que el hombre blanco. ¿Acaso el negro es distinto a nosotros?

—Entonces —dijo Seiter, frunciendo el ceño—, ¿encuentra lógico ese tráfico?

Taylor dio una larga chupada a la pipa y repuso:

—Lo que encuentro lógico es que todos los seres estén sometidos a una ley de evolución. ¿Por qué pretender que el negro salte de su primitivismo a nuestra era de aspiradores eléctricos, radio, avión a chorro, etcétera, etcétera?

Kirk sintió repugnancia por un hombre que hablaba teniendo en cuenta principios tan egoístas. Pero no podía replicarle en la forma que hubiese querido, y para hacerlo a medias tintas, prefirió seguir encerrado en su mutismo y asistir a la controversia como mero espectador.

—Según su punto de vista, señor Taylor —apuntó Seiter—, si un negro padece una pulmonía, debe dejársele en manos de su hechicero y no aplicarle la penicilina que pueda tener a mano un médico a diez yardas de la choza del paciente.

—El negro prefiere su hechicero —sentenció el inglés.

—Pero el médico sabe que la medicina de su maletín lo salvará y no la pata de rana que el brujo coloque, colgando de la nariz, al enfermo.

—Mire, señor Seiter. Nuestras opiniones son muy distintas, ¿y sabe por qué? Yo llegué a Nigeria hace veintidós años y tengo actualmente treinta y ocho. Así, pues, desde los dieciséis años convivo con estas tribus. No hay peor gentuza en el mundo. Se lo puedo asegurar. Los negros son ladrones y embusteros, capaces de negarle a uno la verdad ante sus mismos ojos. Tontos, vagos, y un sinfín de cosas más. Al menor descuido le quitan a uno hasta la camisa que lleva puesta.

—¿No cree que exagera?

—¿Exagerar? Oiga esto: Hace un par de meses encontré a un negro tendido tranquilamente detrás de un tronco. Le pregunté: «¿Qué haces aquí?». ¿Y sabe usted lo que me contestó? Pues esto: «Estoy aguantando el tronco para que no se eche a rodar». Tenga en cuenta que el tronco de referencia pesaba sus buenas diez toneladas.

—Es posible —intervino con voz pausada Mara—, que el negro carezca del sentido de la proporción entre la verdad y la mentira, pero yo creo que esta es para él el arma de defensa contra el blanco. Y emplea el engaño como el camaleón cambia de color. ¿Por qué cambia de color el camaleón?

Para defenderse, ya que no tiene otros medios. Como el negro no puede cambiar de color, cambia el color de las cosas.

Kirk aplaudió interiormente la hábil respuesta de la joven.

—No niego que es muy ingeniosa su interpretación —repuso Taylor—. Pero no me convence...

La joven se sintió molesta, y Howard decidió zanjar la cuestión.

—¿Quieres que vayamos a la popa, Mara?

La hermosa joven aceptó la sugerencia y se alejaron del grupo.

Kirk se enamoraba más y más, minuto a minuto, de la muchacha, y daba gracias al cielo por haberle ofrecido la oportunidad de encontrarla.

Cuando se hallaron en la popa, Mara inquirió de pronto:

—¿Por qué no has replicado a Taylor, Jeff?

El corresponsal se vio metido en el embrollo que había querido evitar.

—¿Por qué? —repitió, haciendo una pausa para ganar tiempo—. Es difícil para mí contestar a esa pregunta.

—¿Es que compartes su forma de pensar?

—¡Oh, no! Te ruego deseches esa idea.

—¿Entonces?

Kirk balbuceó:

—Escucha, Mara. Hay situaciones en la vida de un hombre muy complejas y que...

—Es mejor que no digas nada —le interrumpió la joven, con el semblante serio.

Kirk la miró. No, no podía seguir engañándola. Después de todo, si ella le correspondía, tenía derecho a compartir su secreto.

—Sé lo que eres, Jeff —le dijo Mara—. No es necesario que me lo expliques.

El periodista tuvo la sensación de que se le producía un vacío en el estómago.

—¿Qué tú sabes...? —dijo sin terminar la pregunta, tal era su perplejidad.

—A bordo viaja un policía de Nigeria. Es amigo mío. Uno de sus deberes es informarse sobre los viajeros que llegan a la colonia. Me ha visto varias veces contigo y hace un rato... —Mara se humedeció los labios para continuar—. Me ha dicho quién es Jeff Hudson...

Kirk empezó a sonreír.

—¿Te divierte, verdad? —dijo la enfermera—. Todo ha sido una aventura más para ti.

—Te aseguro...

—No es necesario jures o prometas nada. Viniendo de Jeff Hudson no lo creería. Ladrón, presunto asesino... ¿y cuántas cosas más?

La reacción de Mara había sido violenta, y Kirk, desaparecida la sonrisa de los labios, se dispuso a sacarla de su error, pero ella le dio la espalda,

diciendo:

—Hemos terminado, Jeff, y nos ahorraremos la despedida...

—¡Espera, Mara!

Quiso sujetarla de una mano, pero ella dio un tirón y se desasíó, alejándose con rapidez de aquel lugar.

Fue todo tan imprevisto que Howard se quedó inmóvil, siguiéndola con la mirada hasta que desapareció por la puerta que conducía a los camarotes.

¿Por qué no había corrido tras ella para explicarle la verdad? Se dijo que era el ser más estúpido de la Creación. Allí estaba como clavado al puente, sin reaccionar.

—¿Dificultades, amigo? —oyó decir a Ben Seiter.

Ladeó la cabeza hacia su viejo camarada y repuso:

—Nada que no se pueda arreglar.

—Yo, en tu lugar, no daría tanta importancia a unas faldas.

Cerca de ellos no había nadie que pudiera escuchar su conversación.

—Esto es distinto —murmuró Kirk, volviendo los ojos a la costa.

—¿Distinto? —rio Ben—. Tonterías para dos viejos tiburones como nosotros.

—¿Es que no te das cuenta de la clase de mujer qué es?

—Tengo ojos en la cara. Pura dinamita.

—No me refería a eso. Es su renunciación lo que hay que admirar. El hecho de que se haya apartado del mundo para encerrarse en este infierno viviente.

Seiter no contestó en un buen rato, mientras liaba un cigarrillo. Al fin, después de encender, dijo:

—Bien, es cosa tuya. Pero supongo que no le habrás contado el asunto.

—No me dio tiempo.

—¿Piensas ponerla al corriente? Creo que no deberías hacerlo.

—¿Por qué no?

—Tal como está el negocio, tienes que arriesgar el pellejo para sacar algo en claro. Si se torciesen las cosas, te lo podrían agujerear. ¿Estaría bien que esa joven enviudase antes de tiempo?

Kirk sospesó la sugerencia de su amigo, terminando por aceptar.

—Quizá tengas razón. Dejaré que el agua corra hasta que llegue a un remanso.

—Cambiando de tema. ¿Qué impresión has sacado de lo que ha dicho Taylor?

—No me ha gustado.

—A mí tampoco. ¿Y si estuviese relacionado con el tráfico? Aborrece a los negros lo suficiente como para no tener prejuicios en venderlos por toneladas. A su juicio, él sería un colaborador para que evolucionasen más rápidamente.

—Estuve consultando un mapa en mi camarote. Su concesión maderera cae al norte de Nigeria.

—¿No te habló el italiano de que había un jefe por encima de Griffin y Van Eyck?

—Sí.

—Taylor puede ser ese hombre.

—No podemos precipitarnos. A fin de cuentas, son centenares de miles los que opinan como él. En Sudáfrica se sigue una política racista furibunda, que deja tamañita a la que Hitler preconizó contra los judíos. A partir de ahora será frecuente encontrarnos con hombres que querrían ver a los negros colgados en racimos bajo los árboles del trópico.

—Como quieras, pero me da en la nariz que ese inglés es el pez gordo que necesitas en tu anzuelo.

Dos días después, al atardecer, el navío se adentró en el gran delta del Níger, remontando el Bouny Bejucos, lianas y mangos limitaban las orillas. Las enredaderas trepaban por los troncos, rodeándolos con espirales de serpiente. Las raíces que estaban ahora descubiertas serían luego tapadas por la marea ascendente. De trecho en trecho, un canal se abría camino en la tupida masa de vegetación. Canales estrechos por los que a duras penas se podría deslizar una piragua. Canales anchos que, al extenderse por las tierras bajas, formaban laberintos de islotes y de bancos.

El sondeador de la proa iba gritando:

—¡Veintidós pies!

—¡Diecinueve!

—¡Dieciocho!

De vez en cuando se veía una palmera en la orilla y a su lado una cabaña o un grupo de cabañas, hechas con ramas y hojas de palmera, podridas, medio deshechas, y también las inevitables piraguas varadas entre los arbustos. Perezosas humaredas de leña y yerbas húmedas se levantaban por encima de las chozas.

Negras y negros desnudos alzaban los brazos saludando al paso del buque, y los niños chapoteaban con los pies en el agua, persiguiéndole por la orilla. En algunos trechos, el río aparecía cubierto de calabazas. Eran las señales de los anzuelos arrojados por los pescadores, que esperaban inmóviles en sus embarcaciones el resultado de la faena.

Enjambres de mosquitos salían de la selva, de los lodazales, para caer sobre el puente, achicharrando con sus picotazos a los pasajeros, provocando al fin la huida de estos.

Puesto el sol, el cielo repleto de nubes era iluminado por rabiosos relámpagos. Pero no se oían estruendos ni retumbar de truenos. Parecía una batalla sorda.

El río se iba estrechando poco a poco. Cayó la noche. El agua era negra como el alquitrán. La oscuridad se llenó de gritos. Gritos prolongados,

agudísimos, estridentes, de las bestias que poblaban la jungla.

Las luces del barco atraían más mosquitos.

Kirk, ante la noticia de que muy pronto llegarían a Port Harcour, se hallaba en cubierta. Junto con los ciento cincuenta dólares en calidad de préstamo, había arrancado a Hudson la información de que Griffin subiría al navío a recibirlo. Por ello estaba allí, a pesar de los insectos, esperando la arribada. Se notaba un poco nervioso. Del encuentro con aquel hombre dependía la suerte de su misión.

Al fin vio una hilera de luces. Preguntó a un marinero. Sí, aquello era Port Harcour.

Minutos más tarde, el ancla se hundía en el agua, entre el fragoroso estruendo de la cadena.

Kirk observó el embarcadero. Había varias personas en él. Aunque tenía referencias concretas sobre el físico de Griffin, a aquella distancia, por la deficiente iluminación, no podía distinguirlo.

Tendieron la pasarela.

Un hombre se destacó, subiendo, meciéndose en los tablones.

Era el primo de Jeff Hudson, el mercader de esclavos, Griffin. Alto, robusto, de piel atezada, ojos negros como carbunclos, barbilla firme, voluntariosa.

Se quedó inmóvil en el puente mirando a un lado y otro, como tratando de descubrir al viajero que buscaba entre la media docena de personas que había cerca de él.

Kirk se le acercó con paso rápido:

—¡Charles! —exclamó, sonriéndole.

Griffin lo miró sañudamente, y el detective sintió que el puente se iba a hundir de un momento a otro bajo sus pies. Se detuvo. Transcurrieron tres segundos, más para él fueron horas, semanas, siglos.

—¡Jeff! —repuso Griffin—. ¡Muchacho!

Se estrecharen la mano, y luego Charles le pasó un brazo por los hombros.

—¿Qué tal el viaje?

—Instructivo, como todos.

El tratante lanzó una carcajada.

—Eso es lo que te hace falta, aprender.

—Estoy deseándolo, Charles. ¿Cuándo salimos de esta maldita jaula?

—Ahora mismo, muchacho. Te tengo preparada una cena.

Le empujó hacia la escalerilla, y Kirk objetó:

—Tengo que recoger mi equipaje.

—Déjalo. Tengo abajo un negro que se ocupará de eso. Ya sabe cómo hacerlo.

Le cedió el paso a Griffin y él, antes de bajar, instintivamente, volvió la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Mara Dunne. Se quedó quieto

un instante, dándose cuenta de que no una distancia de millas sino un mundo los iba a separar. Mara desvió la mirada y él sintió una terrible congoja en el corazón.

—¿Qué te pasa, Jeff? —le llagó la voz de Griffin desde abajo.

Entonces la miró por última vez y empezó a descender del barco.

CAPÍTULO IX

—Saldremos mañana para el norte —dijo Griffin, tras encender un largo veguero—. Comprendo que estarás cansado, pero los negocios no admiten demora. Hay que aprovechar el tiempo antes de que lleguen las grandes lluvias.

—¿Cuándo será eso? —inquirió Kirk, olfateando el cigarro con que le había obsequiado Charles.

—Dentro de dos o tres semanas. ¿No has visto el cielo relampaguear? Es el preludio. Luego se enfanga el terreno y no hay quien haga mover los camiones.

—¿Camiones? —se hizo de nuevas Howard.

Griffin lanzó una carcajada.

—Estamos organizados tan bien como lo podáis estar en Nueva York o en Chicago. Somos como una división motorizada.

—Creí que llevabais la mercancía a pie.

—Tú has leído novelas de negreros que se referían al siglo pasado, muchacho. Sensibleros folletines en que el hombre guapo vence a los despóticos villanos que comercian con carne humana —Griffin rio de nuevo—. Pero los tiempos han cambiado. ¿Qué sería de nosotros siuviésemos que transportar el ganado desde su punto de origen hasta el lugar en que se coloca? No habría oro en el mundo para hacerme tragar dos o tres mil millas a través de selvas, desiertos, montañas y ríos. En cambio, con los camiones te haces la idea de que has salido para una gira campestre. Diez o doce días de carrera y vuelves con los bolsillos llenos de billetes...

—Si es así, debes tener almacenada una fortuna.

Charles observó con ojos entrecerrados a su presunto primo.

La conversación tenía lugar en un «bungalow» propiedad del traficante, donde habían cenado atendidos por dos negros, a quienes su dueño había ordenado se retirasen a dormir.

—Tengo hechos algunos ahorros —repuso Charles—. Ya sabes, no soy yo solo en el negocio.

—¿Quiénes son los otros?

—Un holandés, Van Eyck. Se ha quedado arriba. Ya lo conocerás. Es un tipo estupendo para entendérselas con los negros.

—¿No hay ninguno más?

Charles hizo una pausa, dando una larga chupada al cigarro.

—Preguntas mucho, primo —apuntó.

—Bueno. Me gusta conocer a los que han de trabajar conmigo. Allí es

cosa corriente, ¿sabes? Lo primero son las presentaciones. Es mejor para uno.

—Esto es África, Jeff. Te invité a que vinieses porque necesitaba un hombre. Ahora solo tienes que hacer lo que te digan. Es magnífico obedecer órdenes y cobrarlas en dólares o libras esterlinas. Lo demás no importa.

Se hizo otro silencio.

Kirk cogió el vaso de ginebra que tenía delante, sobre la mesa, y bebió un trago, diciendo a continuación:

—Lo que no entiendo es una cosa.

—¿De qué se trata?

—¿Cómo es posible que no os hayan pescado ya los de la poli? Esos camiones no serán fáciles de camuflar.

—Es sencillo. Tenemos una concesión maderera. Necesitamos vehículos para transportar los troncos.

Kirk se acordó de Arthur Taylor. También él tenía una concesión de aquella clase... y al norte de la región.

—Además —prosiguió Griffin—, a nadie le amarga un dulce. Ya me entiendes. A ciertos señores les conviene mantener los ojos cerrados si se les trata afectuosamente.

—Creía que eso solo se daba en la civilización.

—Todavía te extrañarás de muchas cosas que irás conociendo poco a poco.

El detective hubiera deseado conocerlas todas de un golpe, pero comprendía que ello no era posible y que, por tanto, había de correr el riesgo de descubrirlas conforme fuesen surgiendo.

El nervosismo le había producido sueño y bostezó.

Charles se levantó de la silla, diciendo:

—Tu dormitorio está en la segunda puerta.

Incorporóse Kirk, echando a andar hacia la habitación indicada. Pero de repente, cuando ya estaba en el umbral, Griffin preguntó:

—No me he acordado de preguntarte por Elsa, ¿qué tal está?

Howard se estremeció, sintiendo que una corriente gélida le subía por la espina dorsal. Elsa, ¿quién era Elsa? Y su cerebro trabajó como nunca antes, en cualquier otra difícil coyuntura lo había hecho. Raciocinó. Griffin no había conocido a Jeff, por tanto era fácil que lo propio ocurriese con otros hermanos que pudiera tener. Elsa debía ser su madre.

Giró sobre sus talones, apoyando una mano en un costado de la puerta, al tiempo que bostezaba otra vez para justificar su tardanza. Las pupilas de Griffin parecían querer taladrarlo.

—Está bien... perfectamente... —respondió, con voz opaca.

Charles avanzó, mordisqueando el cigarro.

—¿Le dijiste la clase de empleo que yo te daba? —inquirió

nuevamente.

—No —repuso con seguridad Kirk—. Claro que no. ¿Por qué había de decírselo?

Un relampagueo cruzó por los negros ojos del traficante. Su puño derecho rasgó el aire, estrellándose contra la mandíbula de Kirk, quien, no esperando la agresión, se derrumbó con estrépito sobre el piso de madera.



Su puño rasgó el aire...

—¡Estúpido! ¡Imbécil! —bramó Charles, con las piernas abiertas en compás ante el caído.

Kirk se sentó en el suelo meneando la cabeza, tratando de recobrar la lucidez. Algo había fallado. Su respuesta a la pregunta sobre Elsa no fue acertada. Aún no había empezado el asunto y ya terminaba. ¿Qué debía hacer? ¿Intentar sacar la pistola? No. Griffin lo observaba atentamente, con la chaqueta blanca abierta, mostrando la funda de la que sobresalía la culata de un revólver.

—Conque no le dijiste nada, ¿eh? —murmuró sarcástico el mercader de esclavos.

Era preferible no contestar tal como estaban las cosas. Que hiciese él todo el gasto. Se levantó vacilando y apoyó la espalda en la pared. Había decidido no consentir que le volviese a pegar. Prefería una onza de plomo.

—¡Eres un bruto, Jeff!

¡Jeff! ¡Le había llamado Jeff! ¿Qué jeroglífico era aquel?

Otra pausa. Nuevas miradas furibundas de los ojos de cuervo.

—No tienes más que fachada, querido primo. Eso es lo que os pasa a todos los de tu país. ¡Fachada ¡Y dentro de la cabeza no tenéis un pedazo de seso! Debí suponerlo... ¿Sabes lo que debía hacer? ¡Pegarte un puntapié y arrojarte de aquí para que un par de criados te encerrasen vivo en cualquier rincón de la selva! Te he dado una oportunidad. ¿Y tú qué hacas con ella? ¡La desaprovechas, me traicionas!

¿A dónde iba a parar Charles? Kirk se esforzaba en comprender, en descubrir un rayo de luz en aquella diatriba cáustica, humillante.

—¡Y una mujer! —prosiguió, rugiendo, Griffin—. ¿Es que necesitas te diga cómo son, estúpido? Llevo muchos años en África. Solo he tenido que ver con una gata. ¡Y trató de arañarme!

Kirk sabía su nombre, Joan Rose. El recuerdo de la joven muerta le agitó el pecho, le llenó el corazón de odio hacia el forajido.

—¿Por qué no acabas de una vez, Charles? —dijo, en tono desafiante.

—¡Sí, voy a acabar! ¡Ella está aquí!

El semblante de Howard se demudó. Ella no podía ser otra que la Elsa de que hablaba. Pero ¿quién era Elsa y qué relación tenía con Hudson?

—¿Aquí? —murmuró, jugándose la suerte a una sola carta—. ¡No es posible!

—¡Sí, tu mujer! ¡Tu fiel esposa te ha seguido!... ¡Mejor dicho, se te adelantó!

Kirk tragó saliva, sintiendo que sus piernas se resistían a sostenerlo ¡La mujer de Jeff Hudson en Fort Harcour! Ello quería decir que quedarían arruinadas todas sus posibilidades. Sería desenmascarado en cuanto se enfrentase a Elsa. Y entonces... sobrevendría el enterramiento en vida.

—¿Qué dices? —rechinaron los dientes de Griffin.

—Te has quedado mudo, ¿verdad? Nada hubiera ocurrido de haber

silenciado el lugar a que te dirigías cuando saliste de Nueva York. Pero no, tuviste que comunicárselo. Y ella no pudo resistir tu ausencia... Te quiere, los minutos sin tenerte a su lado le parecían días, los días años... ¡Qué romántico! Me lo ha contado. A lo mejor esperaba que se me llenasen los ojos de lágrimas...

—¿Dónde está? —inquirió Kirk.

—En el «bungalow» de ahí al lado. Debe hallarse nerviosa porque aún no te he dejado ir a abrazarla.

El corresponsal se dirigió a la salida.

—¡Espera! —gritó Charles.

—¿Qué quieres? —preguntó Howard, deteniéndose.

—Te he hablado de la forma en que llevamos el negocio. Ello quiere decir que vendrás conmigo. No sé por qué lo hago. Quizá sea el parentesco. ¡Pero métete esto en el cerebro! ¡Tu mujer se tiene que ir! ¡Quítatela de encima! ¡No quiero faldas a mi alrededor! ¡Y nada de que se quede en Fort Harcour! ¿Está claro?

—Perfectamente.

Charles distendió los labios, sonriendo con ironía.

—No quisiera intervenir yo, querido primo. Harás un buen trabajo por su bien, si la convences tú.

—Descuida.

Kirk sabía a qué equivalía la intervención de Griffin.

Salió del «bungalow». A la derecha estaba el otro. Vio la puerta abierta y el haz de luz que se desparramaba por la terraza, bajo el techo de cañas.

Las ranas croaban en las orillas de los canales, en los lodazales, en las marismas. Era un concierto estridente, ensordecedor. Algo así como un tercer grado que aplicaba la selva a quienes osaban hollarla. Y luego estaban los mosquitos, insignificantes, pero por millares, que zumbaban y caían sobre la cara, sobre las manos, pegajosos, mortificantes, ávidos de sangre.

Kirk subió los dos peldaños que lo separaban de la terraza, cruzó esta y penetró en el «bungalow».

La mujer estaba recostada en un sofá, de espaldas a él. No dormía. Fumaba mirando a la pared. Se cubría con un batín azulado de tejido muy tenue que dejaba traslucir unas pantorrillas torneadas.

Kirk se quedó quieto y carraspeó.

La mujer empezó a volverse indolentemente, con movimientos felinos.

Era Susan Mac Millan.

CAPÍTULO X

Howard cerró de un portazo y dio dos pasos hacia el diván.

—¡Así que tú eres Elsa! ¡Mi mujer! ¡La que ha estado a punto de echar a rodar mi plan! ¡Serpiente venenosa, te voy a...!

Susan no se inmutó.

—Querido, deberías aceptar un consejo Estas paredes son muy débiles. Imagina que alguien, el señor Griffin o cualquiera de sus sicarios, está interesado por esta entrevista...

Hubo un silencio, comprendiendo Kirk que ella tenía razón. Pero no era bastante para calmar sus nervios, atirantados desde que Charles le hablara de Elsa.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido que yo substituía a Hudson?

—¿Acaso no soy el jefe de la Agencia? Debo preocuparme de los asuntos que nos confían, ¿no? Recibí tu telegrama. Comprendí que decías la verdad, que estabas sobre la pista buena, pero yo había hecho una promesa. Decidí cumplirla, haciéndote pasar un mal rato, al propio tiempo que tomaba yo las riendas de la misión, volviendo a África...

—¡Este es tu lugar! ¡La selva! ¡Aquí hay fieras que se merecen menos su destino que tú!

—Magnífico. Te agradezco comprendas mi punto de vista. Mi sitio es este.

Kirk dio un manotazo al aire, rechazando la ironía, y preguntó:

—¿Cómo diste conmigo?

—Regresé a Casablanca y me entrevisté con el inspector Besnard. Me explicó tu telegrama pidiendo informes de Hudson y su conversación telefónica contigo. Entonces me fui a Dakar. Yo estaba en el muelle sentada en un «pousse-pousse», vigilándote. Te vi subir a bordo del vapor correo y bajar con un desconocido. Me supuse cuál era tu juego y te seguí hasta aquella casa. Luego saliste solo. Al día siguiente te largaste hacia aquí. En la lista de pasajeros que me facilitaron en la agencia figuraba el nombre de Jeff Hudson, pero no el tuyo. Estaba claro. Decidí hacer una visita al verdadero Jeff. Me costó trabajo convencer a tu amigo Jim, pero al fin accedió cuando le mostré aquella foto nuestra en Palm Beach...

Recordó Kirk. En la foto aparecían los dos en bañador. Habían comido juntos, celebrando uno de sus éxitos. Ahora maldecía de ellos. Le costaría mucho trabajo disuadir a Susan de que le siguiese pisando los talones. La joven llevaba el afán investigador en la sangre.

—Hudson estuvo un poco brusco al principio de la entrevista —prosiguió Susan—, pero se ablandó en cuanto le ofrecí doscientos dólares

por su información.

—No sabía que fueses tan generosa.

—El caso lo vale, querido.

—¡Deja ya de llamarme querido a cada momento!

—¿No soy tu fiel mujercita? ¿De qué tienes queja? —sonrió, añadiendo
—: Luego fleté un avión hasta Lagos y desde allí me trajeron en una lancha. Fue fácil después dar con Griffin y hacer la comedia.

Kirk apretó los dientes con rabia. Reconocía que Susan había utilizado el cerebro para dar con él. La cabeza no era únicamente un adorno sobre sus hombros, caso de la mayoría de las mujeres. Sabía servirse bien de ella en cuanto la necesitaba.

—Está bien, eres maravillosa como detective. Pero ahora vas a oírme a mí.

Susan apoyó la cabeza en el almohadón, replicando:

—Te escucharé, pero no vas a convencerme.

—Griffin no quiere mujeres a su lado. He estado a punto de recibir un balazo en el hígado por tu intromisión. Me ha ordenado que te despache.

—¿Desde cuándo obedeces órdenes?

—¡No me excites! ¡Te digo que esto no es un juego de niños! ¡Es nuestro pellejo lo que está sobre el tapete!

—Olvidas algo, muchacho. ¿Cómo va la agencia Mac Millan a cumplir la misión que le confió la Sociedad Antiesclavista de las Américas?

—¡Para eso me basto yo solo!

—No, compañero. Te borraré de la nómina cuando regresé a Nueva York. Ya sabes que no amenazo en balde.

—¡Ya he reingresado!

—Solicitud denegada.

Kirk se puso lívido.

—¿Hablas en serio, Susan?

—Completamente. Recuerda el lema de mi abuelo: Para llevar las riendas de una agencia de noticias, es imprescindible imponer una rígida disciplina entre los colaboradores.

—¡Al infierno con tu abuelo! ¡Era un viejo loco!

—Y al parecer esa enfermedad es común a la familia. Por ello me atengo a sus principios. Cuando nos separamos en Casablanca nuestros caminos se dividieron. Tú tratabas de localizar al asesino de una joven. Yo de desenmascarar a esos traficantes.

—¡Y te marchaste a Nueva York para ello!

—Fui a pedir informes confidenciales a ciertos amigos que tengo en las Naciones Unidas.

—¡Pero yo te di la pista del caso enviándote el telegrama!

Susan se levantó, mostrando las suaves y gráciles líneas de un hermoso cuerpo pleno de juventud y vitalidad. Cogió un bolso de rafia que había

sobre una mesita cercana, abriólo y sacó un fajo de billetes que alargó a Kirk sin contarlos.

—Toma —declaró—. Es otra norma del abuelo. A los informes espontáneos se les debe agradecer sus servicios con dinero en efectivo. Es una buena publicidad y un estímulo para el resto de los ciudadanos.

Kirk aprisionó férreamente la muñeca de la joven y la atrajo hacia sí de un violento tirón, haciéndola girar.

Susan lanzó un aullido de dolor.

—¡Ahora soy yo quien va a dar las órdenes! —exclamó él.

—¡Suéltame!... ¡Suél... tame! ¡Me haces daño!

—¡Y más te haré si no cumples al pie de la letra mis instrucciones!

Siguió subiendo el brazo por la espalda de la mujer hasta que la vio doblarse con los labios entreabiertos, gimiendo.

—¿Vas a obedecer? —preguntó, sin ceder la presión.

—Sí, sí... —murmuró Susan, cerrando los párpados, mientras su rostro se contraía dolorosamente.

Kirk aflojó la mano y su prisionera quedó libre.

—Bien, escucha ahora. Saldrás de Port Harcour mañana mismo.

—Sí —afirmó la muchacha, dejándose caer en el diván.

—Aun cuando no pertenezca a la nómina de la Mac Millan, como compensación a tu sacrificio —dijo «tu sacrificio» con rara ironía—, te enviaré a Nueva York una relación detallada de mi investigación, si es que llego a vivir para contarla.

—Sí.

El joven se frotó las manos y agachóse para coger el fajo de billetes que había caído al suelo.

—Me quedo con esto en mi calidad de espontáneo colaborador.

Susan le dirigió una mirada furibunda.

—¡Márchate, pisaverde, o por todos los demonios que te vendo a Griffin!

—Ya me voy, querida —repuso Kirk, caminando hacia la puerta—. Es magnífico ver cómo dos personas sensatas pueden llegar a un acuerdo.

Susan le arrojó una chinela, pero él ya había cerrado a sus espaldas.

Iba a entrar en el «bungalow» de Griffin, cuando se quedó inmóvil viendo al traficante de pie en el umbral de la puerta.

—¿Cómo ha ido eso, Jeff?

—O. K. Mañana se irá.

—Parece que ha sido fácil convencerla, ¿eh?

—Ya sabes. Está por mis huesos. Basta que le diga una cosa para que la realice a mi gusto.

—¿No sucederá lo mismo que con lo que le dijiste en Nueva York?

—No tienes que preocuparte ahora. Es cosa hecha.

—Celebraré que no te equivoques... por ti y por ella.

Kirk observó en los ojos de Charles la fría determinación del hombre para quien la vida de un semejante importa tanto como la de una hormiga que aplasta al caminar.

Subió los peldaños, pero Griffin le siguió interceptando el paso, enmarcado en la puerta.

—¿A dónde vas, Jeff?

—A dormir, naturalmente.

Charles lo miró un rato en silencio, soltando luego una carcajada.

—¿Y Elsa? —inquirió, mordaz.

Kirk se dio cuenta del error cometido y trató de hacer marcha atrás.

—Bueno, nos hemos enfadado un poco. Es preferible que la deje sola.

—Más valdrá que hagáis las paces. Todo resultará mejor.

Howard meneó la cabeza en sentido afirmativo y dio la vuelta, encaminándose al «bungalow» de Susan.

Abrió sin llamar, oyendo un estridente chillido.

—¿Qué infiernos quieres ahora?

—Tengo que pasar la noche aquí —repuso él, frotándose la barbilla.

—¿Aquí? —rugió la muchacha—. ¿Quién lo ha dicho?

—Ha sido idea de Griffin. Eres mi mujer, recuérdalo. Tú lo dijiste. Mi fiel esposa.

—¡Eres el más cínico de los embusteros! ¡Largo de esta casa!

Susan no quiso escuchar más. Dio media vuelta y entró en la habitación que se utilizaba como dormitorio, cerrando la puerta.

Luego se pudo oír que echaba la llave por dentro.

CAPÍTULO XI

El camión en que viajaban Kirk y Griffin, junto con tres negros, llegó a Bama, a orillas del río Congola, días después de haber salido de Fort Harcour.

Habían recorrido más de seiscientas millas de selva por entre caminos muchas veces impracticables, lo que les obligó a buscar desviaciones y a abrir paso al vehículo utilizando machetes o tendiendo improvisados puentes de madera sobre los lodazales.

En el curso del viaje, Howard tuvo oportunidad de conocer a fondo a Griffin. Era este un hombre cruel. El menor error cometido por los negros en el cumplimiento de sus órdenes, constituían motivo bastante para someterlos a la más despiadada paliza que, por otra parte, la víctima soportaba con estoicismo animal. Kirk estuvo tentado muchas veces de impedir el brutal castigo, pero siempre refrenó su ímpetu el pensamiento de que su intervención llevaría consigo la ruina del plan que se había trazado para llegar a descubrir al cabecilla de aquella banda de auténticos negreros. Era cierto que solo se había exigido de él una información, pero una vez metido en el embrollo y dadas las circunstancias que rodeaban su interferencia en el negocio de Griffin, quería explotar todas las posibilidades que su falsa identidad le proporcionaba.

El camión se había detenido, poco después del mediodía, en el centro de un rectángulo, uno de cuyos lados estaba ocupado por una docena de chozas hechas con barro y ramas y el otro por un desembarcadero, junto al río, de gruesos maderos cubiertos de musgo. En uno de los vértices del rectángulo se alzaba un «bungalow» del que salió un hombre blanco apenas el motor del vehículo dejó de runrunear.

Griffin y Howard saltaron a tierra, y el primero saludó al hombre que se acercaba a ellos.

—¿Cómo va eso, Faas? Este es mi primo Jeff.

Faas Van Eyck era gordo, enormemente gordo, de cara ancha y ojos pequeños de un color verdoso. Se cubría con una camiseta sucia, casi negra, y un pantalón que en otros tiempos fue blanco y que ahora mostraba la más execrable colección de manchas. En su barba descuidada brillaban las gotas de sudor que chorreaban desde la frente. Al detenerse frente a Kirk, lo observó detenidamente antes de tenderle la mano.

—Bienvenido a este infierno —murmuró, enseñando una dentadura mellada al sonreír.

Howard sintió repugnancia instintiva hacia el sujeto y se limitó a cambiar un apretón de manos. Había mantenido el temor de que Van Eyck

Use el asesino de May Cooper, en cuyo caso le hubiese reconocido. Ese temor estaba basado en que muy bien el holandés pudo ir a Casablanca y volver a Nigeria en avión, puesto que había visitado a Monti en Dakar, pero ahora, al ver que no reaccionaba en ese sentido, suspiró aliviado, pensando que el trabajo de eliminar a May había sido encomendado a otra persona... a no ser que, por alguna razón, el propio jefe fuese el ejecutante.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —inquirió Griffin, echando una ojeada a los negros que se sentaban ante las chozas.

Van Eyck escupió un chorro de jugo de tabaco y repuso:

—Habéis llegado a tiempo. Esta noche tendremos una buena cosecha.

—¿Dónde?

—Al Este. En una aldea de los aswegos.

—¿Quién ha traído la noticia?

—Dingo.

—Llámallo, quiero hablar con él. Vamos, Jeff.

Se dirigieron al «bungalow». Kirk oyó gritar a Van Eyck en un idioma ininteligible.

El interior del «bungalow» parecía más un albergue de animales que de personas. Todo estaba en desorden. Había dos camastros deshechos, un par de sillas mal colocadas junto a una mesa en la que se mezclaban los más absurdos cachivaches, y en cuanto al suelo, estaba lleno de colillas y de restos de escupitajos del holandés.

—Quizá no te guste, para lo que tú estás acostumbrado —dijo Griffin—, pero cuando lleves aquí algún tiempo te parecerá un palacio.

Kirk dio un bufido, respondiendo:

—Ya es un palacio.

Charles se dejó caer en uno de los jergones.

—En el camión he traído otra cama para ti. Elige sitio para colocarla.

Howard señaló la parte más cercana a la puerta, declarando:

—Ahí estará bien.

Griffin se pegó una palmada en el muslo, riendo.

—Eres un novato, muchacho. Ahí te picarán más los mosquitos.

—Es igual. Así me aclimataré más pronto.

Van Eyck entró seguido de un negro. Este y Charles mantuvieron un diálogo que duró varios minutos, finalizado el cual, el holandés pidió a Dingo le sirviese *whisky*.

Dingo se acercó sumisamente a la mesa, y al ir a escanciar, la botella le resbaló de la mano haciéndose añicos en tierra.

Un silencio sepulcral cayó sobre la estancia. La cabeza del negro había girado, con los ojos desorbitados, hacia donde se hallaba Van Eyck. Este permaneció inmóvil durante largo rato, y finalmente, alargó la mano hacia la pared.

—¡No, *massa*! —gritó el criado, cayendo de rodillas con los brazos

abiertos en actitud suplicante.

Entonces Kirk se fijó en su espalda. Largas cicatrices la surcaban de arriba a abajo. En algunos sitios las grietas eran aún recientes.

El holandés cogió un látigo que colgaba de un gancho.

—¡No, *massa*! —chilló otra vez Dingo.

Van Eyck apretó los dientes con rabia, exclamando:

—¡Torpe, imbécil! ¿Es que no sabes que vales menos que una botella de *whisky*?

El látigo rasgó el aire, mordiendo su agudo pico en la carne negra.

Dingo se estremeció, soltando un aullido infrahumano.

Van Eyck levantó de nuevo el brazo, distendiendo los labios en una sádica sonrisa. Pero no llegó a abatirlo por segunda vez. Kirk dio un salto, sujetándose e impidiéndole todo movimiento. Sus rostros quedaron muy cerca uno del otro.

—¿Qué haces, Hudson? —bramó el holandés.

—Lo dijiste antes, Faas. Bienvenido a este infierno. ¿Es que vamos a echar a perder la fiesta de mi llegada? Castiga a Dingo otro día...

El detective esperó la reacción violenta del gordo aventurero, pero este, tras mirarlo a los ojos, lanzó una risotada diciendo:

—Después de todo Dingo no se va a marchar... Tienes razón, Jeff.

Kirk sonrió también, dejando libre el brazo del verdugo. Para demostrar que no había sentido conmiseración por el negro se aproximó a este, que estaba hecho un ovillo en el suelo, temblando como poseído, y le pegó un puntapié en la parte trasera, diciendo con voz despreciativa:

—¡Largo de aquí...!

Dingo corrió como un perro, a cuatro patas, y salió del «bungalow».

Griffin, que había presenciado mudo la escena, apuntó:

—Cuando conozcas mejor a los negros tendrás que usar también el látigo...

Kirk recordó la teoría de Arthur Taylor, su absoluto desprecio por aquellos desgraciados. Sintió que se le revolvería el estómago y tuvo que hacer un esfuerzo para admitir:

—Apuesto a que seré el más odiado de nosotros tres.

—Eso no será fácil. Faas se lleva la palma. Es el mismo demonio para ellos.

El aludido sonrió halagado y acercóse a un cajón del que extrajo otra botella de *whisky*. La destapó y escanció en tres sucios vasos que había sobre la mesa. El mismo los distribuyó entre sus compañeros, reservándose uno. Después de beber, Kirk dijo:

—Hay algo que no entiendo —y sin esperar una pregunta añadió—: ¿Por qué no huyen?

—¿Quiénes? ¿Los negros? —Griffin se tendió en el camastro y puso el vaso en el suelo—. Saben que volverían a caer en nuestras manos y que

entonces no tendrían salvación. El negro es como un niño. Vive toda su vida en la selva y no sabe servirse de ella para librarse de sus enemigos. Hace varias decenas de años se atrevían a hacer frente a los primeros hombres blancos, pero cuando estos les hicieron una demostración de su poder, perdieron las ansias de lucha. Esos que trabajan con nosotros también tienen otro motivo para obedecernos.

—¿Qué motivo es ese? —deseó saber Kirk.

—El alcohol, querido primo. El maravilloso, dulce y embriagador alcohol. Es un método de conquista que se ha utilizado antes de ahora. Y no falla nunca. Después de probarlo una vez, los negros no pueden prescindir de él. Jamás he visto a personas más ávidas de echarse al coleteo un buen trago. Este punto flaco lo aprovechamos en nuestro beneficio. Cuando no operamos en el negocio, les aplicamos la ley seca. Esto provoca en ellos una sed bárbara. Y así, llegado el momento de necesitarlos, les distribuimos una ración y nos siguen a dónde queramos. Pura estrategia, Jeff.

Kirk hubiera cerrado de buena gana la boca a Griffin aplicándole un gancho en el maxilar inferior. El cinismo de que hacía gala le exacerbaba, hasta el punto de preguntarse si tendría paciencia para soportar a los dos canallas que le habían tocado como compañeros de habitación.

—¿Qué te ha dicho Dingo? —inquirió tratando de que le aclarase las palabras de Van Eyck sobre la buena cosecha.

—Que esta noche celebran los aswegos una de sus ceremonias. Es una cosa muy típica, digna de verse. Te gustará.

—¿Y qué tiene que ver esa ceremonia con el negocio?

—Será mejor que te lo explique sobre el terreno. Ahora déjame dormir. Tú también debes acostarte. Esta noche la pasaremos en vela. Hemos de salir dentro de un par de horas...

Van Eyck cogió dos botellas de otro cajón que había debajo de su cama y guiñó un ojo a Kirk:

—Este es del barato. No lo resistiría el estómago de un camello, pero a los negros les parece néctar del cielo. Voy a distribuirles medio vaso a cada uno.

El holandés salió al exterior.

En cuanto al detective, se acostó, aceptando el consejo de Charles. El viaje había sido agotador por el traqueteo constante del vehículo.

Hacía un calor sofocante, pesado, ominoso.

Trató de dormir, pero no pudo. Era demasiado fuerte lo que estaba presenciando para conseguir apartarlo de su mente, y se aseguraba a sí mismo que lo peor estaba por llegar. No había preguntado por el jefe, ya que esperaba que alguno de los compinches se delatase. Quizá con aquella «cosecha» que iban a recoger, surgiese el momento propicio para descubrir a la eminencia gris de los traficantes.

Cuando el cansancio le empezaba a cerrar los párpados oyó la voz de Griffin:

—¡Arriba, Jeff!... ¡Se acabó la holganza...!

Los negros cantaban fuera, y entonces se dio cuenta de que el ritmo, la cadencia, habían empezado hacía rato. El alcohol de Van Eyck empezaba a hacer sus efectos.

Él y Griffin abandonaron el «bungalow».

Los indígenas hacían corro al holandés quien, con un vaso de hojalata en una mano y en la otra la botella, repartía más dosis del inmundo brebaje. Los ojos de los negros no se apartaban de la botella en tanto sus labios se movían entonando la canción.

—¡Ya basta, Faas! —ordenó Griffin.

Van Eyck dio por terminado el reparto, hablando luego durante unos minutos en el dialecto de sus parroquianos.

—¿Qué les dice? —preguntó Kirk a Charles.

—Está eligiendo los que se quedarán custodiando el campamento y los que han de venir con nosotros.

—¿Se halla muy lejos de aquí esa aldea?

—A unas cinco horas de camino. Dejamos los camiones para no espantar la caza.

—¿Los camiones? ¿Dónde están?

Griffin señaló la parte de la selva que había detrás del «bungalow».

—Allá, entre las plantas. Tenemos que envolverlos para que este maldito sol no les haga daño.

Van Eyck terminó la elección y, poco después, los tres blancos, armados con rifles, y quince negros, exhibiendo sus lanzas, emprendieron la marcha hacia el este.

Un mar de vegetación embrollada, enroscada, comprimida, se elevaba desde la tierra hasta los más altos árboles. En esta atmósfera existía una luz verdosa, submarina.

Dingo caminaba a la vanguardia señalando la ruta a seguir. Kirk admiraba la facilidad de aquel negro para escurrirse por entre lo que parecía una barrera infranqueable. Era como si poseyese un sexto sentido para eludir los bejuncos, las lianas, los árboles de raíces aéreas...

Una de las veces vio que Dingo, en lugar de seguir por un pequeño claro, se metía por donde era más espesa la floresta.

—¿Por qué hace eso? —preguntó a Griffin, que iba a su lado.

Charles dio un grito e instantáneamente la caravana se detuvo. Llamó a un negro, el cual acudió rápido a la orden, y Griffin le señaló un tallo sinuoso que trepaba por un árbol situado junto al claro. El negro puso una cara asustada, vacilando, y Griffin le apuntó con el rifle.

—¿Qué ocurre? —inquirió Howard, perplejo.

El negro acercó poco a poco, temblorosamente, el dedo índice al tallo.

De pronto al entrar en contacto la epidermis y el vegetal, el indígena dio un grito, retirando como un rayo la extremidad.

Griffin dio otra orden y el negro exhibió el dedo. Kirk se sintió horrorizado. La yema se había convertido en una llaga.

—El tallo trepador es como una plancha al rojo vivo. Está incandescente.

El detective maldijo para sus adentros su curiosidad. Reanudaron el camino en tanto Charles decía:

—La selva es así. Para defenderse no necesita la ayuda de los animales. Se defiende ella sola. ¿Ves aquel arbolillo? —señaló ahora un arbusto enano—. Si lo cortases con una navaja te soltaría un chorro de veneno. En caso de llegarte a los ojos te deja ciego. Y también existe otra planta que emana un perfume delicioso. Si la hueles te rinde, quieres olerla otra vez, te da vueltas la cabeza, sigues oliendo, te sientes transportado al paraíso de Alá... y al final te quedas tieso, listo para ocupar un ataúd... Un refinado tormento... Lástima que no se pueda trasplantar a un tiesto. La mandaría a unos cuantos amigos que dejé en Inglaterra...

Nada ocurrió durante las dos horas siguientes.

De repente, cuando el sol se ponía y la selva empezaba a ser envuelta por las sombras, Dingo se detuvo, cuchicheando con el negro que tenía detrás.

Kirk trató de saber qué ocurría, pero Charles le impuso silencio poniéndose un dedo en los labios, al tiempo que avanzaba hacia donde se encontraba Dingo.

Este preparó el machete que llevaba en el cinturón del taparrabos y Griffin se echó el rifle a la cara.

Sonó el disparo y, simultáneamente, Dingo descargó un golpe con su afilada arma.

Una serpiente de unos cinco metros de longitud, que Kirk no había visto por confundirse con los troncos, cayó sobre la hierba. El machetazo la había partido casi por la mitad. A unos diez centímetros de la cabeza se veía el desgarrón producido por la bala. Sin embargo, seguía retorciéndose, dando sacudidas, doblándose, enroscando desesperadamente la cola para aferrarse al tronco de un árbol. Era de un color verde claro como el de las cañas de bambú, con arabescos, manchas ocre y salpicaduras negras sobre el dorso rosado y el blancuzco vientre.

Griffin le apuntó de nuevo, disparando por segunda vez.

La cabeza de la serpiente moribunda se abrió, reventada por los dos tiros hechos a boca de jarro, pero la cola siguió chasqueando, golpeando furiosamente las hierbas y las matas.

Un tercer disparo al dorso y el reptil, por fin, se ablandó, quedando inmóvil.

Los negros, bulliciosos, se acercaron al cadáver y en un instante lo

ataron a una gran rama, transportándolo entre dos de ellos.

—¿Para qué la quieren? —preguntó Kirk.

Griffin le informó:

—Nos conviene dejársela porque nos sirve de ahorro para nuestra intendencia. La despellejan y se la comen. Dicen que hervida resulta mejor que la carne de ternera, pero ni Faas ni yo, a pesar de los años que llevamos aquí, nos hemos atrevido a probar el caldo o las tajadas. Es el bicho que menos me gusta.

Howard pensó que ellos tampoco le gustaban a él, probablemente porque su proceder les asemejaba mucho a las serpientes.

Dos horas y media después de este incidente, Dingo se detuvo una vez más, pero en tal ocasión no se debió su inmovilidad a la presencia de un animal traidor, sino a que se hallaban próximos a la aldea de los aswegos.

Se aumentaron las precauciones, marchando los componentes de la expedición por parejas.

Kirk iba con Griffin, inmediatamente detrás de Dingo y otro negro. A la retaguardia quedó Van Eyck.

La oscuridad era completa, y Howard tenía que pegarse a su compañero para poder seguir adelante sin perderse.

Un tam-tam lejano comenzó a rasgar el silencio de la selva.

Una estrella apareció en un retazo de la vegetación arbórea, pero inmediatamente fue tragada por la noche.

Poco a poco, al tam-tam se iba mezclando un confuso vocerío.

Kirk se dio cuenta de que sus pies habían abandonado la salvaje floresta y caminaban ahora por un llano de hierba fresca que le llegaba a cintura.

A lo lejos se levantaba una vaga claridad. Griffin dio orden de agacharse.

Kirk vio un bloque de sombras. Dedujo que eran cabañas. A la derecha había una hoguera. Alrededor de la misma danzaban los aswegos. Cuerpos desnudos. Carne negra en ebullición. Hombres y mujeres, unos detrás de otros, hacían la rueda moviendo espasmódicamente piernas y brazos. Otros hombres y otras mujeres cantaban sentados en el suelo. Era un canto interrumpido por pausas imprevistas, roto por silencios instantáneos.

Dos tambores redoblaban, retumbaban.

Tam tam... Tam tam... Tam tam...

En el centro del círculo de bailarines, Kirk vio algo tendido a lo largo del césped. Parecía un animal despellejado por el color rojizo de su carne viva.

Griffin, de súbito, dio un chillido, y sus negros echaron a correr vociferando.

Howard trotó junto a Charles, detrás de Dingo.

La danza, el canto y la música cesaron de repente en la aldea.

Una mujer lanzó un aullido.

En pocos segundos los atacantes quedaron dueños de la situación. Realmente ni uno solo de los aswegos intentó huir o luchar.

En todos los rostros Kirk vio una mueca de pánico. Rostros que parecían caretas por las rayas de colores que los surcaban.

Y, de pronto, al encontrarse en el centro de la rueda, descubrió la verdad.

No bailaban alrededor de un animal sino del cadáver de una joven negra que estaba depositado sobre una tabla. Desnudo, pintado de tierra colorada.

Esa era la ceremonia a que se había referido Dingo. El rito ancestral de la barbarie.

Griffin hablaba con voz chillona, estridente, mientras gesticulaba con el brazo armado.

Las cabezas de los aswegos se doblegaron humilladas en señal de acatamiento.

Luego Charles delegó en Van Eyck sus funciones y aquel cogió por el brazo al hombre que creía su primo, conduciéndolo junto a una cabaña.

—Ya has visto cómo hacemos el trabajo, ¿eh, Jeff?

—Pero no entiendo nada.

—Es sencillo. La Administración Colonial castiga los sacrificios humanos, pero algunas tribus prefieren correr el riesgo y obedecen a sus hechiceros. El de los aswegos es aquel tipo metido en los embudos de paja.

Kirk descubrió, efectivamente, a un negro que parecía una pagoda ambulante.

—¿Por qué hacen el sacrificio? —preguntó.

—El hechicero posee el inestimable privilegio de conceder toda clase de desventuras a los hombres, la esterilidad a las mujeres, la ferocidad a las fieras, la lluvia a los campos necesitados... En este caso se trata de pedir una buena cosecha. Han matado a esa chiquilla ofreciéndola a los espíritus de la selva para que se apiaden y les manden abundante grano. Nosotros no tenemos más que aparecer en el momento preciso y amenazarlos. El hechicero sería condenado a la horca por los tribunales de la colonia, y el resto de los hombres a trabajar durante un mínimo de seis años. Yo me limito a ofrecerles la libertad bajo la condición de que me sigan. Soy su protector. Los llevaré a otra tierra donde vivirán felices durante meses.

—Pero con esa táctica llegará un momento en que os conocerán en la región.

Griffin rio, replicando:

—Los negros son así. Al cabo de algún tiempo no se acuerdan de sus hermanos ni las mujeres de sus maridos. Solo les importan el presente y el futuro, al que tienen mucho miedo. Por eso las tribus carecen de historia. No se preocupan de grabar o escribir sus luchas. Es la única raza, en lo que

a África se refiere, sin pasado. Las mujeres se vuelven a casar y los padres o hermanos de los que nos llevamos suponen que no vuelven porque están bien dónde están, los hijos crecen aquí como si fueran arbustos o lianas. Es algo verdaderamente impresionante. Cada negro tiene de cuatro a siete mujeres. Respecto a esto, han aceptado la doctrina del Islam, aunque en lo demás continúen con sus viejas supersticiones.

—Ahora comprendo el alcance de la cosecha a que se refirió Faas...

Griffin se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la pared de una cabaña, mientras decía:

—Siéntate. Hemos de esperar al amanecer.

Los negros se habían sentado en cuclillas. Solo quedaron de pie, vigilándolos, Van Eyck y su pequeña tropa.

Kirk siguió el ejemplo, aceptando el cigarrillo rubio que le ofrecía Charles. Después de encender, inquirió:

—¿Qué es lo que esperamos?

—A que amanezca para elegir la mercancía.

—¿No basta con que nos llevemos a los jóvenes?

—No. Muchos de estos negros están enfermos. Van Eyck es médico y los conoce bien. Hará una buena selección.

El corresponsal recibió una gran sorpresa al saber la profesión del holandés. Ello aumentó su repugnancia por él, ya que ponía sus conocimientos científicos al servicio del tráfico inhumano, en lugar de atender a aquellos pobres seres con arreglo a los principios de la medicina y los más elementales de toda sociedad. Tal pensamiento le trajo a la mente el recuerdo de Mara Dunne. Ella era enfermera y estaba al servicio de aquellas gentes, haciendo lo posible por remediar su atraso. Deseó terminar cuanto antes la comedia de Jeff Hudson, desbaratar la banda y dejarse caer por el hospital de Geidam. Sonreía imaginando la cara que pondría Mara cuando le contase su aventura. Luego, le pediría que se casara con él. ¡Juntos a los Estados Unidos! ¡Para siempre! La vida valdría entonces la pena de ser vivida.

Las tinieblas empezaron a ceder. La selva comenzó a desperezarse. Chillidos, rugidos y silbidos se mezclaron en un salvaje himno a la naturaleza.

Kirk preguntó, una vez más, a Griffin:

—¿A dónde destinas este cargamento?

—Los llevamos a Scherda, en el Tibesti, una región situada al norte de la colonia del Tchad. Los vendemos a otros mercaderes que son los que los distribuyen por las costas del mar Rojo.

—¿Hay muchos proveedores?

—Nosotros somos los principales. Hay otros, pero trabajan a pequeña escala.

Van Eyck dio un grito y los aswegos se levantaron.

La claridad era suficiente para el examen médico.

Dingo y los otros servidores se encargaron de que los aswegos formasen una larga fila, la cual daba varias vueltas alrededor de la aldea.

Griffin y Hudson se acercaron al holandés, quien empezó inmediatamente al reconocimiento.

El primero de la fila, un joven de unos veinte años, exhibió el cuerpo, girando varias veces sobre sus talones, y mostró las palmas de las manos y las plantas de los pies. Fue elegido.

Lo mismo sucedió con los dos que lo siguieron. Pero no así con el cuarto, el cual tenía una pierna hinchada, con el tobillo tan grueso como la rodilla.

—Cro-cro —dijo Van Eyck, e indicó con la mano al indígena que se marchase a su cabaña.

Griffin explicó a Kirk:

—Cro-cro es elefantiasis. El hechicero se encargará de curársela.

—¿De qué forma?

—Le traspasará la pierna con un hierro candente para que salga el mal.

El periodista ya estaba curado de espantos. Aquel era un mundo brutal, donde por nada debería sorprenderse.

Tres negros y una muchacha que no tendría más de quince años, de cuerpo esbelto y formas perfectas, fueron sumados al cargamento.

Ahora el holandés reconocía a un negro de buena figura, musculoso, fuerte. Dio las vueltas, enseñó las manos, levantó los pies.

—Gig —dijo Eyck, haciendo una mueca.

Howard vio los dedos de los pies del negro. Estaban purulentos, como enmohecidos. Las yemas verdosas y las uñas levantadas.

—¿Qué es eso de gig? —preguntó Kirk.

Esta vez le contestó el médico.

—Pulgas que penetran en los dedos formando pus. Los aswegos tienen costumbre de ir a cazar al sur del lago Tchad. Allí hay arenales, dónde están las gig.

—¿No se las pueden sacar cuando las cogen?

—Se dan cuenta cuando el gusanito ha hecho el trabajo. Entonces se las quitan... con un clavo oxidado.

Faas lanzó una carcajada.

Kirk se apartó de su lado porque de continuar allí, lo hubiese cogido por el cuello y apretado hasta estrangularle.

Cuando el examen terminó, el número de esclavos se elevaba a cuarenta y nueve. Organizóse la expedición con rapidez y poco después salían de la aldea.

No ocurrió nada de particular en el viaje de regreso, llegando a Bama al mediodía.

Kirk se encontró sudoroso y decidió tomar un baño, para lo que se

marchó solo, siguiendo el curso descendente del río.

Cuando llevaba caminando unos diez minutos, sintió un pinchazo en un muslo.

Se detuvo, mirándose. Lo que vio entonces lo dejó electrizado. Hormigas encarnadas le trepaban por las piernas, por los brazos, por todo el cuerpo. Fue en un segundo. Aquellos bichos debían estar hambrientos. Pinchaban, mordían.

Se había apartado unas cinco yardas de la margen del río. Dejó caer el rifle al suelo y corrió como un loco hacia el agua. Dio un traspié al chocar su bota con un arbusto y se derrumbó. Sintió que se abrasaba. Las hormigas llegaron a su cara. Cerró los ojos y se incorporó vacilante, pegándose con las manos en las mejillas, en la frente. Oyó el murmullo del río. Un paso más, otro... ¿Es que no llegaba todavía? ¡Santo cielo! ¡Si parecía encontrarse en medio de una hoguera!

Debatiéndose como un poseso, siguió avanzando. Abrió un párpado. ¡El agua estaba a sus pies! Se arrojó en la corriente y sumergiéndose sin cesar de moverse. Las hormigas seguían picándole el cuerpo a excepción de la cara. Se arrancó la camisa a tirones, destrozándola. Luego las botas, los pantalones. Quedóse desnudo. Poco a poco, las mordeduras cesaron.

Tenía la carne enrojecida, como si le hubiese caído encima una caldera de agua hirviendo.

De pronto, oyó un ruido procedente de un recodo del río. Descubrió una piragua que ascendía. Dentro remaba un negro y en la popa había alguien más que aquel ocultaba.

Kirk se puso los chorreantes pantalones, comprobando que en la orilla no había hormigas.

—¡Eh, muchacho! —oyó que le gritaban.

La voz le produjo una especie de parálisis general. ¡Era la de Susan Mac Millan!

La vio de pie en la piragua, moviendo un brazo.

La frágil embarcación se acercó a dónde él se hallaba.

Kirk se metió en el río, cogió a la joven de una mano y tiró de ella enérgicamente. Susan cayó al agua, lanzando un grito. El detective la arrastró hasta tierra y dejóse caer en el suelo a su lado, tapándole la boca y clavando fieramente sus ojos en los de la muchacha.

—¡Calla, estúpido! Nuestro campamento está una milla más arriba.

Susan, con la blusa y falda mojadas, pegadas a su mórbido cuerpo, intentó decir algo, pero la mano varonil se lo impidió.

—¿Por qué demonios has vuelto? ¿Es que me va a ser imposible librarme de ti? ¡Si se entera Griffin, mi vida no valdrá un centavo!

La muchacha consiguió apartar la mano y habló rápidamente:

—Tenía que venir, Kirk... Pensaba cumplir lo prometido. Me fui a Dakar para regresar a nuestro país. Pero se me ocurrió hacer una visita a

tu amigo Jim y me encontré con que Jeff Hudson había conseguido huir. Cogí un avión que me dejó en Mokol, a unas cincuenta millas de Bama. Allí me indicaron dónde se hallaba situada esta concesión. Hice un trecho del camino en camión y el resto en esta piragua.

—¡Jeff escapó! —exclamó Howard, como si hablase consigo mismo.

—Y está claro que se habrá dirigido hacia aquí. ¡Oh, Kirk, tengo miedo! ¡Larguémonos enseguida!

El joven recordó los negros esclavizados, la sonrisa repulsiva de Van Eyck, la crueldad de Griffin... y también se acordó de Mara Dunne, la mujer de su vida.

—Márchate tú, Susan. Yo me quedo.

—¿Es que te has vuelto loco? ¡Tú mismo lo has dicho! ¡Te matarán en cuanto te descubran!

—¡Voy a correr ese riesgo!

—¡No lo harás!

—¿No? ¿Quién lo dice?

—¡Yo! ¡Tu jefe! ¡Quedas despedido! ¡Oh, no entonces es cuando te quedarías! ¡Te ascenderé, Kirk! ¡Eso es! ¡Quedas nombrado jefe igual que yo!

Kirk miró sorprendido a la joven.

—¿Qué dices, Susan?

—¡Lo que, oyes, grandísimo cabezotas! ¡No puedo permitir que uno de mis empleados muera por obtener una información!

—Caramba, caramba —dijo Howard, en tono irónico—. Ese principio no pertenece al viejo.

La joven se mordió el labio inferior y de repente estalló de nuevo.

—¡Me importa un rábano lo que pienses, Kirk Howard! ¡Te ordeno que subas a la piragua!

Susan se puso en pie, señalando la embarcación desde donde el remador negro observaba regocijado la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Kirk se levantó también.

—Puedes despedirme o ascenderme, Susan, pero me quedo. Es una decisión inapelable.

—Sí, ¿eh? —la muchacha puso los brazos en jarras—. ¡Pues yo tampoco me voy!

—¿De veras? —sonrió Kirk.

—¡También mi decisión es inapelable!

—¡Eso lo veremos ahora!

Él la tomó en brazos y la joven se debatió, pegándole con la mano abierta en la cabeza, en los hombros...

Kirk la dejó caer con fuerza en el interior de la piragua.

—¡Oh, oh! —gimió Susan, al recibir en su cuerpo la dureza del golpe.

Howard empujó la embarcación, poniendo proa hacia el curso descendente del río.

—¡Y escucha esto! —le gritó al negro—. ¡Si te veo por aquí otra vez te arranco las orejas de un solo disparo!

El negro asintió con el rostro empavorecido y empezó a remar como un autómeta.

La piragua tomó velocidad rápidamente. Susan se levantó enfurecida:

—¡Me las pagarás, Kirk! ¡Te lo prometo!

El joven rio con ganas hasta verla desaparecer tras el recodo. Luego terminó de vestirse y dirigióse al campamento de los traficantes.

Cuando llegó al embarcadero lo detuvo Dingo, diciéndole:

—Lo buscaban, *massa*.

—¿Quién?

—*Massa* Griffin.

—¿No sabes lo que quiere?

—Ha llevado otro hombre.

Un escalofrío recorrió la espalda de Kirk. ¡Otro hombre! ¡Jeff Hudson!

Sopesó el rifle, mirando el «bungalow».

—Están allá? —preguntó.

—Sí, *massa*

Echó a andar lentamente, y cuando llegó ante la puerta, se puso el arma bajo el brazo, listo para hacer uso de ella.

Entonces traspuso el umbral.

CAPÍTULO XII

Griffin y Van Eyck bebían sendos vasos de *whisky*.

Arthur Taylor fumaba un cigarro sentado en una silla.

Los tres miraron a Kirk, quien se había quedado inmóvil.

Hubo un silencio que rompió Charles, diciendo:

—Este es Arthur Taylor, Jeff. Tiene su concesión un poco más al norte.

—Creo que nos conocemos —dijo Kirk, observando al hombre que había viajado con él hasta Fort Harcour.

—Así es —se limitó a replicar Taylor.

Sobrevino otra pausa.

Howard no sabía qué hacer. ¿Le daban cuerda para que soltase el rifle?

Van Eyck descubrió las manchas rojas de su piel entre los jirones de la camisa.

—Las hormigas rojas, ¿eh? Has estado por el termitero. Debiste preguntar dónde tomar el baño. Son como fieras. Un descuido y te convierten en un esqueleto.

—¿Un vaso de *whisky*, Jeff —inquirió sonriendo Griffin—. Te quitará el susto.

Escanció sin esperar una respuesta afirmativa y le tendió el vaso. Kirk pensó que sería atacado cuando lo cogiese. Pero alargó la mano y no pasó nada. Bebió, sintiéndose reconfortado.

Taylor continuaba mudo, fumando su cigarro, como si se hallase solo. Cuando habló lo hizo despacio, moviendo apenas los labios.

—No sabía que era usted primo de Griffin, señor Hudson.

—Así es.

—¿Piensa estar mucho tiempo con nosotros?

—Eso depende del negocio.

—No resulta malo. Lo único despreciable es el clima. Por ejemplo, ¿no nota usted pesada la atmósfera?

—Es posible.

—Está como electrizada. Se acerca un huracán. ¿Ha visto un huracán en la selva?

—No.

—Es algo pavoroso. Ya lo podrá comprobar. No hay nada que se le parezca. Quizá después se arrepienta de haber venido.

—No acostumbro a lamentar mis actos.

—Es una buena cualidad. Yo entiendo que los hombres deben ser duros como rocas. ¿Ve usted a su primo? Prospera porque es duro. Vive de la única forma que se puede vivir aquí, pero en los bancos de Londres tiene

estupendas cuentas corrientes.

—Resulta alentador oírle, señor Taylor.

El inglés se puso en pie.

—Bueno, yo me marchó. Quiero estar en casa para cuando estalle la tempestad. Hasta la vista, Hudson. Ya me contará sus impresiones.

Salió del «bungalow», seguido por Griffin.

Van Eyck se tendió en su camastro con el vaso de *whisky* en la mano.

—¡Maldita sea! —graznó.

—¿Qué ocurre? —preguntóle Kirk.

—El huracán. No podremos salir de aquí hasta mañana. Los camiones no podrían avanzar una yarda.

Howard había imaginado que Taylor lo amenazaba hablando con doble sentido al referirse al huracán. Dejó el rifle a la cabecera de su jergón y se sentó en un borde.

Griffin regresó, lanzando también imprecaciones contra la tempestad cercana.

—¿No se puede hacer nada? —inquirió el detective, lamentando el retraso forzoso de su investigación.

Van Eyck contestó:

—Cuando el agua y el viento se abaten sobre la selva, solo queda un recurso: emborracharse.

—Es mal asunto teniendo a los negros aquí —repuso Griffin—. ¿Dónde los dejaste?

—Los haciné en las chozas. No te preocupes. Están atados de los pies.

Kirk se dirigió a Charles.

—¿No decías que jamás escapaban?

—Los negros sienten un pánico terrible ante la Naturaleza desatada. Son los malos espíritus que vienen en su busca. Solo se tranquilizan cuando tienen cerca a su hechicero, que es quien los mantiene lejos de la muerte. El brujo de los aswegos se quedó en la aldea. Cuando llegue la tormenta, darán un brazo por poder huir.

—¿Estallará pronto?

—Al ponerse el sol.

Se oyó un tintineo. Gorgoteó el *whisky*. Van Eyck llenaba otra vez el vaso.

Griffin abrió varias latas de conserva, y, sirviéndose de una sartén y un pequeño hornillo de alcohol, preparó la cena. Cuando terminó e invitó a sentarse a la mesa a sus compañeros, el holandés dio un manotazo en el aire.

—¿Comer? ¡Bah!

Kirk, en cambio, se sentó frente a Charles. Comieron en silencio.

Del exterior llegaba cada vez más fuerte el ulular del viento. Algunas hojas penetraron por la puerta abierta. Griffin se puso en pie y cerró.

Las horas se fueron desgranando.

Kirk encontró una vieja revista americana y se tendió en la cama para leerla.

De vez en cuando, el tropiezo del vaso con la botella anunciaba el trasiego de Van Eyck.

Griffin hacía solitarios sobre la mesa con una sucia baraja.

De pronto, sonaron unos golpes en la puerta.

Kirk se levantó de un salto, arrojando la revista sobre la cama y cogiendo el rifle.

El holandés rio.

—¿Qué te pasa, Jeff? Parece que estás nervioso.

Griffin dejó el mazo de naipes, incorporándose. Se acercó a la puerta y abrió.

Kirk contempló estupefacto la aparición de Mara Dunne. Ella no lo vio porque miraba a Charles.

—Me llamo Mara Dunne y soy enfermera del hospital de Geidam. Me dirijo a la aldea de Lerno con dos hombres para recoger un enfermo. Hemos sido sorprendidos por el huracán...

—No tiene que dar tantas explicaciones —repuso Griffin—. Pase y considérese en su casa —luego levantó la voz por encima de la cabeza de Mara—: Vosotros dos meteros en la primera cabaña.

La joven penetró en la estancia, llevando en la mano un maletín. Al ver a Kirk sus pupilas se dilataron, pero inmediatamente se comportó como si no lo conociese. El periodista recordó que habían roto sus relaciones en el barco. Él era para ella un asesino, un ladrón, un aventurero...

—Le presento a Jeff Hudson y a Faas Van Eyck —dijo Griffin.

Mara hizo una leve inclinación de cabeza y Kirk correspondió con el mismo saludo.

Van Eyck se puso en pie vacilando, y hasta estuvo a punto de caer, pero mantuvo el equilibrio echando el busto hacia adelante mientras decía:

—Un bombón, sí señor... Un auténtico bombón.

—Excúselo, señorita Dunne —murmuró Griffin—. Está bebido.

El médico sonrió sin apartar sus ojos libidinosos del cuerpo de la joven.

Mara se sentó en una silla, haciéndolo Kirk y Charles en las otras dos.

El viento azotaba cada vez con más fuerza las paredes del *bungalow*.

—¿Cómo la dejaron ir a usted por ese enfermo, señorita Dunne? —preguntó Howard—. Esto queda muy lejos del hospital.

Mara depositó la mirada en él y repuso:

—Para ciertas cosas no existen distancias, señor Hudson.

Van Eyck soltó una risita de falsete.

—¿Quiere una taza de té? —preguntó Griffin.

—Si no le sirve de molestia...

De súbito se oyó un estruendo. Era el primer trueno, el que anunciaba

la proximidad inminente de la tempestad.

Charles cogió una marmita y salió, volviendo con agua. Encendió el hornillo de alcohol y puso la marmita encima.

Nuevos restallidos se fueron apoderando de la selva.

Se oyó el repiqueteo de las primeras gotas de agua en el techo.

Van Eyck acabó la botella de *whisky* y fue al cajón por otra, dando traspies.

—¿No será mejor que lo dejes ya? —inquirió Charles con reconvención.

—¡Al infierno! ¡Tú y tus malditas prohibiciones...!

Los ojos de Griffin brillaron como dos ascuas.

Kirk notó ahora lo que había sugerido Taylor. El ambiente electrizado.

La marmita silbó al entrar el agua en ebullición. Charles preparó el té, en tanto el médico abría la nueva botella.

Mara bebió a pequeños sorbos el brebaje. Kirk no había aceptado la taza que le ofreció Griffin, y este se había servido una.

La lluvia caía ahora con más fuerza. El viento hacía temblar el *bungalow*.

—¿Tienen un cigarrillo? —pidió Mara.

Kirk le tendió un paquete, y Charles la llama de una cerilla.

De repente un rayo tableteó como una ametralladora, retumbando después ensordecedoramente. Mil aullidos rasgaron el aire.

La joven se cubrió horrorizada los oídos.

Griffin y Kirk se levantaron al mismo tiempo, corriendo hacia la puerta.

El rayo había caído sobre una de las chozas, la cuál era presa de las llamas. El huracán aventaba el fuego, que amenazaba prender en las otras cabañas. No era bastante la lluvia para apagar la gran hoguera.

Algunos aswegos que no habían muerto carbonizados por el rayo se contorsionaban en la choza siniestrada. Se podía ver la carne negra enrojecida debatiéndose por escapar de aquel infierno.

Los prisioneros lanzaban gritos desgarrados, gemían, agonizaban.

—¡Hay que sacarlos de las chozas! —exclamó Kirk, dándose cuenta de la horrible situación de los esclavos.

—¡Vamos! —repuso Griffin.

Los dos hombres salieron, cerrando a sus espaldas.

La lluvia los azotó despiadadamente, calándolos en un segundo hasta los huesos.

La selva se estremecía, vibraba, se retorció.

Los grandes y poderosos troncos doblegaban sus copas frondosas. Los arbustos se inclinaban, temblaban, crujían. Las lianas se tendían, contrayéndose, luchando por contener la furia, el ímpetu del viento.

Los lívidos resplandores de los relámpagos se deslizaban por las tinieblas produciendo fulgores verdes, anaranjados, violeta. Retumbaban los truenos.

Kirk vio a Dingo cerca de la choza que ardía. De un tirón le sacó el machete del cinto.

Trató de penetrar por entre las llamas, pero el calor que irradiaban le obligó a detenerse. Vio que había llegado tarde. De la hoguera no salía un grito, ni distinguió a través de ella movimiento alguno. Las lenguas de fuego empezaba a lamer la choza de la izquierda, hacia donde las empujaba el aire. Entró en ella. Lo que descubrieron sus ojos llenos de ira. Los negros, en un montón, unos encima de otros, se estremecían aullando como animales aterrorizados. Las cuerdas que los ataban aparecían confundidas. Brazos y piernas se mezclaban en un movimiento desesperado por buscar la libertad cada vez más lejana de alcanzar. Entrechocaban las cabezas produciendo ruidos sordos.

Respiraciones jadeantes, silbidos de pulmones hambrientos de aire, resuellos de gargantas a punto de quedar estranguladas. Angustia de morir. Revoltijo de carne negra, sudorosa, maloliente.

Kirk empezó a dar tajos en las cuerdas Un negro libre. Otro. Un tercero...

Escapaban como diablos por la puerta, dando gritos, tropezando, cayendo, volviendo a levantarse.

En pocos minutos no quedó un esclavo en la choza. El último fue liberado precisamente en el instante en que el fuego se apoderaba de ella.

Kirk salió rápidamente y pasó a la otra cabaña, donde realizó la misma operación, terminada la cual dio por cumplido su trabajo, ya que el último de los aswegos había huido a la selva.

El viento le trajo al olfato el fuerte olor a carne quemada y sintió náuseas.

Se apartó, caminando hacia el embarcadero.

Unos estridentes chillidos le hicieron volver la cabeza.

Docenas de monos, centenares, cruzaban el campamento, azotados por el agua, empapados. Corrían despavoridos, saltando, huyendo.

La lluvia arreció, asaltando, ametrallando la floresta. Diluviaba.

Oyó los gritos de Griffin y supo por qué se había preocupado. Por los camiones. Dingo y el resto de los alcoholizados cautivos trabajaban febrilmente para resguardar los vehículos que habían quedado a la intemperie después de los primeros embates del huracán.

Kirk se encogió de hombros. ¡Al infierno los camiones! Él ya había conseguido lo que pretendía. Dirigióse al *bungalow*, que resistía incólume la furia de los elementos.

Abrió la puerta y entró, cerrando tras él.

Dio un paso. Solo uno. Después frunció el ceño.

Allí, frente a él, estaba Jeff Hudson.

CAPÍTULO XIII

Van Eyck, borracho como una cuba, se hallaba sentado al borde de la cama, esgrimiendo un revólver que apuntaba al pecho de Howard.

Mara Dunne había desaparecido, así como su maletín.

A pesar del peligro en que se encontraba, lo primero que hizo Kirk fue preguntar por la joven.

—¿Y la señorita Dunne?

—Salió a echar una mano fuera —contestó el holandés, con voz estropajosa—. Pero deja eso ahora. Este fulano que acaba de llegar dice que él es Jeff Hudson, el primo de Charles...

El detective miró al hombre cuya personalidad había usurpado. Chorreaba agua de la cabeza a los pies, pero en sus labios había una sonrisa de triunfo.

—Se acabó su racha, compadre —dijo el «gangster», moviendo la mano hacia la sobaquera.

Kirk se vio perdido. No volvería a contemplar a Mara. Allí acababa su historia. Los traficantes continuarían el negocio.

La mano de Hudson había desaparecido bajo la chaqueta. ¿Cuántos segundos tardaría en sacarla? ¡Ese era el único tiempo que le quedaba de vida!

Un rayo de luz cruzó su mente. Soltó un grito, confiándose al cielo.

—¡Cuidado, Faas! ¡Es de la policía...!

El holandés, que bamboleaba la cabeza de un lado a otro, giró la pistola en el instante en que Hudson sacaba a relucir su automática.

Sonó un estampido.

La atmósfera se llenó del olor a pólvora.

Jeff agrandó los ojos, mirando a Van Eyck, y dejó caer su «Smith y Wesson», llevándose las manos al estómago. Empezó a derrumbarse y quiso cogerse a la mesa. Miró otra vez a su matador, exclamando:

—¡Cerdo!

Y cayó sin vida al suelo.

Kirk se humedeció los labios con la lengua y murmuró:

—Buen trabajo, Faas...

El médico pareció darse entonces cuenta de su acto.

—Dijo que tú no eres Jeff... —tartajeó al tiempo que volvía a apuntar a Kirk.

Este trató de sonreír.

—Era un agente, ya te lo he dicho. Del F. B. I.

—¿Y por qué había de seguirte hasta Bama?

—Falsifiqué unos billetes antes de salir de mi país. Este tipo me siguió la pista. Creí que le había dado esquinazo.

—Y vino acá, ¿eh?

—Me hubiese prendido y luego el F. B. I. habría solicitado la extradición.

Hubo un silencio. Van Eyck parecía confuso. Su cerebro embotado apenas podía raciocinar. Parpadeaba, no muy seguro de haber obrado acertadamente.

La puerta se abrió de golpe, y Griffin irrumpió en la estancia con el rostro congestionado.

—¿Qué has hecho, Jeff? —inquirió, taladrando con la mirada a Kirk.

De pronto vio el cuerpo tendido en tierra y entre sus dos cejas apareció una arruga.

—¿Quién es ese? —preguntó.

—Un policía americano —siguió mintiendo Howard—. Tenía la misión de colocarme las esposas.

—¿Por qué?

—Falsificación.

—No me lo dijiste.

—Supuse que te disgustaría saber que no había saldado mis cuentas allá, y pensé que el «poli» no lograría darme alcance.

Faas cogió la botella que tenía sobre la cama y bebió un trago al gollete. No se atrevía a hablar, pero encontraba algo feo en lo que sucedía allí.

—¿Y los esclavos? ¿Por qué los has soltado? —preguntó de nuevo Charles a Kirk.

—Hubiesen ardido como los que se hallaban en la cabaña que recibió el rayo.

—¡Estúpido! ¿Es que no pudiste sacarlos sin cortarles las cuerdas?

—Estaban hechos un lío.

—¿Y qué? Podías haberles empujado. ¡A puntapiés mismo los hubieras podido arrojar de la choza...!

—Lo siento. Creí que lo hacía bien. De todas formas podemos volverlos a cazar.

—¡Qué sabes tú! Me habían hecho un pedido para servirlo antes de cinco días. Ahora no hay tiempo de llegar. Teníamos que haber salido mañana...

Kirk se dio cuenta de que el holandés cambiaba el semblante al oír lo de la fuga de los esclavos y acercóse a él andando lentamente mientras Griffin pronunciaba la reconvención.

—Oye, Charles... —empezó a decir Van Eyck.

—¿Qué quieres? ¡Bonita oportunidad has elegido para emborracharte! ¡Tú eras el encargado de vigilar a los negros...!

—Ese tipo —el médico señaló con la pistola el cadáver—. Dijo que él

era Jeff Hudson, tu primo...

Griffin se quedó inmóvil, en tanto su cara reflejaba un estupor creciente.

—Ahora comprendo —susurró mirando a Kirk—, el otro día, cuando te dije lo de tu mujer... Te desconcertaste... creíste que habías sido descubierto... ¡sucio polizonte...!

Howard no esperó más. Sacó la pistola que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y descargó un culatazo en la cabeza de Van Eyck, junto a la oreja. El holandés cayó hacia adelante como un saco.

Griffin tiró del revólver que llevaba en el cinturón, pero Kirk fue más rápido en disparar.

El estampido se mezcló con el del trueno.

Charles hizo una mueca al recibir el proyectil en el pecho y se abatió fulminado.

Mara Dunne entró en aquel instante, cuando aún salía una espiral de humo de la pistola de Howard.

Vio el suelo lleno de cuerpos y se llevó las manos a las mejillas.

—Oh, Jeff...! —exclamó.

Kirk dio un suspiro. Por fin podría decirle a su amada quién era y por qué había actuado bajo un nombre que no le pertenecía. Ella le acababa de llamar por el que creía suyo, Jeff. Así, a secas. El corazón le saltó en el pecho alborozado. Todo acabaría bien. Van Eyck estaba vivo, y en cuanto se le pasase la borrachera, le arrancaría una confesión en la que haría mención especial de su jefe.

—Querida... —dijo andando hacia Mara.

La selva seguía rugiendo bajo la tempestad desencadenada.

—No; no me digas nada —repuso la joven, con la cara sería—. Sobran las palabras.

Kirk se asustó. ¿Cómo la iba a convencer de que no era un asesino si aquella estancia estaba convertida en un panteón?

Poco a poco los labios de Mara se fueron distendiendo en una sonrisa.

El joven se sintió renacer, y al ver que ella corría a sus brazos la estrechó contra su pecho besándola en los labios.

—¡Oh, Jeff, cómo he deseado este momento! —susurró Mara, al separarse.

—Y yo también —repuso él—. Más que nada en el mundo.

—Ahora todo ha acabado. No es necesario que continuemos el trabajo. Tengo bastante dinero para vivir como millonarios. Tú y yo, Jeff...

Kirk hizo un gesto de perplejidad.

—¿Continuar el trabajo?... ¿A qué te refieres?

La joven le miró con fijeza y declaró:

—Yo soy el jefe.

Las palabras barrenaron el cerebro de Howard. Algo empezó a

bambalearse en lo más profundo de su ser.

—¿El jefe? —inquirió en un murmullo, como si todavía no quisiese comprender, como si pretendiera darle una oportunidad para rectificar.

—Sí, querido —el rostro de la bella perdió de repente la ingenuidad y su voz adquirió más firmeza—. Yo soy quien ha montado este tinglado...

—Pero entonces... el hospital... tu título de enfermera...

—Es cierto. Mi tío tiene un hospital en Geidam. Es un pobre imbécil que se preocupa de curar negros. Yo quedé huérfana hace algunos años. Mi tío me invitó a que viniese a vivir con él. Acepté porque estaba arruinada. Llegué a Geidam e hice el curso de enfermera. Sentía repugnancia de todo lo que me rodeaba, pero era la carne negra, pestilente, nauseabunda, la que me sacaba de quicio...

Kirk escuchaba estático. El mundo maravilloso que había forjado en sueños iba siendo destruido a golpes de pico por la propia mujer que lo había inspirado. Se resistía a creer lo que era tangible. Se decía a sí mismo que aquello era una pesadilla y que de un momento a otro habría de despertar. Pero seguía oyendo a Mara, la hermosa Mara.

—Un día me enteré de que en el Tibesti se compraban y vendían esclavos. Los precios parecían buenos. Oscilaban entre los 150.000 y 300.000 francos. El mercado era de reducidas dimensiones por falta de mercancía. Entonces pensé en la oportunidad que se le presentaba a cualquier persona con seso. Había toda una fortuna esperando que una mano la cogiese. Me prometí a mí misma que sería la mía.

Los ojos de la joven brillaban más intensamente conforme avanzaba en el relato.

—Necesitaba un hombre que diese la cara por mí, de mi absoluta confianza. Un hombre que me obedeciese ciegamente ¿Qué mejor que un marido enamorado? Conocí y estudié los caracteres de varios colonos de la región. Charles Griffin fue el elegido. Era un maderero ambicioso que no encontraba la forma de hacer una rápida carrera. Nos casamos en Dakar con la condición de mantener en secreto el matrimonio. Aproveché unas vacaciones que me dio mi tío. Charles y yo pasamos la luna de miel en Tánger.

Un nuevo mazazo cayó sobre la nuca de Kirk, repercutiendo hasta en la más pequeña célula de su sistema nervioso.

Mara se percató de ello y añadió haciendo un mohín:

—Era necesario, querido. Necesitaba atar a Charles, volverlo loco por mí para que fuese un juguete en mis manos... Debía estimularlo para que trabajase con ahínco, para que pensase en un porvenir dichoso si conseguía lo que yo quería... Todo empezó a salir bien. Charles superó mis esperanzas. Cuando surgió un funcionario de la Administración dispuesto a interrumpir nuestro negocio... yo lo disuadí...

Howard consideró innecesario preguntar de qué forma lo había

conseguirlo. El ángel se transformaba en demonio.

—Luego fue necesario otro hombre. Griffin lo escogió sin que yo interviniese para nada con objeto de permanecer en el anónimo. Fue Van Eyck. Charles demostró en su elección la maestría a que había llegado. Necesitábamos un médico. Nuestros compradores se habían quejado de alguna mercancía estropeada...

Kirk se pasó una mano por la frente, cerrando los ojos.

—¿Qué te pasa, querido? —preguntó ella.

Sintió la amargura más grande de su vida. Todo había quedado reducido a cenizas. Abrió los párpados.

—No es nada. Continúa. Te escucho.

—El negocio fue más floreciente que nunca. Tanto, que se nos planteó el problema de contratar un nuevo colaborador. No teníamos confianza en ninguno de los hombres que conocíamos. Entonces Charles se acordó de ti y te escribió, enterándose primero de tu dirección por medio de la misma policía de Nueva York...

—¿Os veáis Charles y tú con frecuencia?

—Un par de veces al mes venía a verme a una cabaña que tenía en las afueras de Geidam. Cada uno teníamos una llave.

—Entonces nuestro encuentro en el buque no fue casual.

—Quise conocerte. No podía admitir en nuestro negocio a un hombre que no reuniese las condiciones que yo exigía a mis colaboradores.

—Lo hiciste bien.

—Me enamoré de ti, Jeff. No sabes de qué manera. Cuando me abrazaste en el puente, juré que me desembarazaría de Charles...

Se hizo una pausa.

—Y esta noche venías dispuesta a ello —susurré Kirk sintiéndose cansado, enormemente cansado.

—Sí; no podía resistir más tiempo estar separada de ti. Oí por la radio el anuncio de la tempestad. Cogí un *jeep* y un par de negros del hospital y me puse en camino...

—¿Por qué saliste antes? No, por favor no me contestes —Kirk sabía que había abandonado la cabaña para matar a Charles, y si no lo hizo fue porque no se le habría presentado una coyuntura favorable.

El diablo lo abrazó de nuevo, murmurando en su oído:

—Jeff, qué dichosa soy...

Kirk se estremeció. ¿De qué barro estaba moldeada para decir aquello ante el cadáver de un hombre que había sido su marido?

—¿Qué te ocurre, Jeff —Mara se separó, componiendo un gesto de rabiosa picardía.

Howard rompió las últimas amarras que lo unían a su diosa y dijo con voz ronca:

—He de explicarte algo, Mara...

—Que me quieres, es lo único que deseo oírte.

El periodista ignoró la interrupción, declarando:

—Cuando termine la tempestad, iremos al puesto de policía más cercano.

—¿Para qué? —preguntó Mara.

—Allí te entregarás, Mara.

Sobrevino un silencio. Ella frunció los ojos.

—¿De qué estás hablando, Jeff?

—No soy Jeff, sino Kirk Howard —señaló el cadáver de Hudson—. Él es el verdadero primo de Griffin. Traté de decírtelo cuando entraste, pero tú no quisiste oírme...

Mara palideció.

—Pensé que era verdaderamente un policía. Estuve escuchando tras la puerta cuando hablabas con Charles. ¡Necesitaba que tú fueses el que tenía razón!... ¡No dudé de que decías la verdad!

—Soy miembro de una agencia de información. Me encargaron investigase sobre el tráfico de esclavos...

Mara dio un paso atrás, exclamando:

—¡No lo puedo creer...!

—Pues es cierto. Y pienso terminar la misión que me confiaron.

—¿De qué forma?

—Ya te lo he dicho. Has de pagar tu parte...

La joven lanzó una carcajada.

—¿Estás loco, Jeff, Kirk, o quienquiera que seas? Te amo, pero no a ese precio...

El suelo pareció temblar. Las paredes del *bungalow* se estremecieron. La lluvia seguía cayendo con furia.

—Vendrás conmigo, Mara —dijo con voz fría Kirk—. Pero antes quisiera que me explicases por qué tuvo que morir May Cooper.

—¿Qué tienes que ver con ella?

—La conocí en Casablanca la noche en que murió.

—Charles trabó amistad con ella en un viaje que hizo a Dakar para establecer relaciones con un italiano llamado Monti, que se dedicaba a la trata de blancas. Algunos de nuestros clientes querían este género y nos convenía tenerlos contentos. Griffin se encaprichó de May hasta el punto de traerla a Port Harcour. Me enteré porque noté algo raro en él, y lo mandé espiar. No podía consentirlo. Comprendía que Charles estaba enamorado de mí y que había de consolarse en mi ausencia, pero el camino que elegía no me gustaba. Así fue. Llegó a confiar a May nuestro secreto. Me lo confesó el mismo Charles cuando ella huyó de repente. Entonces la sentencié a muerte. Griffin encargó el trabajo a Van Eyck y este, a su vez, alquiló un asesino que fue a Casablanca tras la americana.

—No hacía falta matarla. Ella no pensaba delataros. Estaba solamente

amargada. El hombre del que se había enamorado era un asesino...

—Que es tu propio caso, solamente que con el sexo cambiado. Yo soy la asesina y tú la oveja descarriada.

—Será mejor que te acuestes o intentes dormir un poco...

—Sí, será mejor.

—Sacaré los cuerpos. Van Eyck solo está borracho...

Kirk giró sobre sus talones y la joven se agachó, enderezándose con el revólver del holandés en la mano.

—¡Quieto Kirk? —ordenó furiosamente.

Él se volvió de nuevo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Matarte. ¡Me has engañado! ¡Y eso no se lo consiento a nadie!

—Has dejado un reguero de sangre tras de ti, Mara. ¿Qué importa que se alargue un poco más? Anda, tira, me harás un favor...

—Sí, Kirk. Te lo voy a hacer.

De súbito la tierra trepidó con más violencia. Howard vio que la pared que había a la espalda de la joven se derrumbaba bajo la avalancha de una masa negra.

Mara dio un grito al sentirse alcanzada y cayó hacia adelante.

Un tropel de elefantes, fugitivos de la tempestad, invadía el poblado, arrasándolo a su paso.

Kirk se arrojó al suelo, apartándose del camino de los alocados paquidermos.

Las poderosas patas le rozaron varias veces sin causarle daño.

Al fin terminó de pasar la manada, y él se incorporó. La lluvia le empapaba de nuevo. El bungalow había sido reducido a astillas, pero lo más horrorosa era que los restos parecían bañados en sangre.

Buscó con la mirada a Mara.

El que había sido hermoso cuerpo estaba ahora destrozado como un muñeco de trapo.

Se alejó dando traspiés, apretándose la cabeza con las manos, y detúvose a unas yardas.

Ahora consideró el agua que caía del cielo como una bendición y miró arriba, a las alturas, sintiendo que la lluvia lo purificaba como en un baño santo.

Una serie de gritos le obligaron a mirar hacia atrás.

Vio a Dingo y a tres negros que con furia salvaje clavaban los machetes en el cuerpo de Van Eyck. Habían desatado su rencor y su odio, contenidos durante tanto tiempo.

—¡Alto! —ordenó.

Los cuatro indígenas se detuvieron y miraron a Kirk.

Sus ojos brillaron con extrañas lucecillas. Estaban ebrios de *whisky*. Posiblemente Dingo lo habría robado del cajón y lo guardaría para, en

ocasiones como aquella, acorazarse contra el miedo ancestral a la tormenta.

Los cuatro avanzaron hacia el joven a pequeños pasos, con los machetes enrojecidos.

Querían más sangre.

Howard no huyó. Cogió la rama de un arbusto del suelo y se preparó para defenderse.

Dingo reía enseñando sus blancos dientes. Los otros tres esbozaron crueles muecas de deseo insatisfecho, deseo de matar.

La distancia que los separaba se fue acortando.

Los brazos armados se levantaron en el aire.

En aquel instante se oyeron dos estampidos.

Dingo y otro negro soltaron sendos gruñidos y cayeron al suelo. Los otros indígenas se quedaron inmóviles un instante y de pronto echaron a correr chillando como locos y desapareciendo en la oscuridad de la selva.

Susan Mac Millan y Ben Seiter se aproximaron a Kirk, jadeando.

Susan abrazó al joven, murmurando:

—¡Kirk!... ¡Oh, Kirk...!

—Menos mal que encontré a esta joven y me pidió ayuda sin saber que nosotros éramos uña y carne —explicó Seiter.

Howard cerró los ojos y sepultó su cara en la cabellera mojada de Susan.

EPÍLOGO

Susan, Kirk y Ben se hallaban en el aeropuerto de Dakar. Faltaban diez minutos para la salida del avión que los conduciría a su país.

La joven mostraba a Howard un telegrama de la Sociedad Antiesclavista de las Américas felicitándola por la información confiada a la Agencia.

Habían transcurrido siete días desde que los traficantes murieron en Bama.

Kirk, sobreponiéndose a la triste experiencia vivida, había redactado en Dakar el informe cuya consecución estuvo a punto de costarle la vida.

Al llegar a Dakar se encontró con la sorpresa de que Aldo Monti, el agente artístico, proveedor de blancas a Griffin, se había entregado días antes a la policía pidiendo protección. Su enclaustramiento voluntario por temor a las represalias de Charles, le desquició el sistema nervioso, creyendo ver un asesino en cada rincón de la casa. Fue tal su pánico que cantó de plano, prefiriendo una condena de cárcel a seguir libre en un continuo sobresalto.

Y no acabaron ahí las buenas noticias. Al ponerse al habla con el inspector Besnard para comunicarle un resumen de los hechos que había protagonizado, recibió a su vez la noticia de que el asesino de May Cooper o Joan Rose, había sido hallado. Era un marinero francés, de pésimos antecedentes, que por una botella de ginebra hubiese sido capaz de matar a todo un orfelinato. Había sido contratado para realizar el asesinato por un hombre gordo cuyo nombre ignoraba. El inspector Besnard añadió que su captura había sido laboriosa por cuanto el asesino, después de cometer el crimen, huyó a una localidad cercana a Casablanca.

Todo está bien si acaba bien, se decía a sí mismo Kirk ahora. Pensamiento que le llevó a preguntar a Susan:

—¿He de recordarte una cosa, patrón?

—¿De qué se trata? ¡Pero no me llames patrón...!

—Es respecto a cierto ofrecimiento de compartir la jefatura de la casa...

—¿Qué jefatura ni qué rábanos? Te lo dije en un momento de debilidad y con la condición de que salieses de aquel avispero...

—Eres la serpiente más...

—¡Espera! —interrumpióle ella—. Substituyo la oferta por otra.

—¡Suéltala!

—La jefatura única.

—¿Qué quieres decir, Susan?

—Yo me cuidaré de las labores propias de mi sexo. Ya sabes, niños,

cocina...

—Pero... es que... —tartamudeó Howard.

—¡Que te estoy pidiendo que te cases conmigo, grandísimo cabezota!

Kirk empezó a sonreír.

—No sé... Después de todo, debe ser interesante discutir contigo mañana, tarde y noche...

—No, Kirk. De noche no —Susan levantó la palma de la mano, añadiendo solemnemente—: Te lo prometo.

—Oferta aceptada.

Ben Seiter tosió, murmurando:

—Ya me veo cuidando media docena de bebés.

Los dos jóvenes rieron, y ella dijo:

—Un beso, patrón.

Y Kirk Howard la besó.

FIN



La expedición de caza se convirtió en un verdadero infierno, cuando a la lucha contra los elementos, las fieras y los salvajes, se unió la despiadada y cruel entablada con hombres sin Ley y sin conciencia...

Este es uno de los vibrantes párrafos que integran la más reciente novela de

ALAR BENET

autor que impregna sus relatos de viril acción y situaciones llenas de intriga y emoción sin límites

TRAGICO SAFARI

la aventura de unos hombres valerosos para quienes una sencilla partida de caza, se convirtió en una desesperada lucha por salvar la vida

La nueva y apasionante

COLECCION CONGO

le ofrecerá esta novela sin precedentes la próxima semana

¡No deje de adquirirla!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

411 — J. A. Tarif

TAHURES Y PISTOLEROS

COLECCION "BUFALO"

108 — Fidel Prado

DALLAS, NIDO DE VIBORAS

COLECCION "PANTERA"

45 — A. Rolcest

RETANDO A LA FIERA

COL. "SERVICIO SECRETO"

275 — Sterling Graham

GRUPO DE ASALTO

COLECCION "CONGO"

2 — M. L. Estefanía

LAS JOYAS SAGRADAS

COLECCION "LAUREL"

49.—CUATRO POETAS CUBANOS

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

44 — EL AMA DE CASA

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

470.— Luis Masota

LA PRINCESA DE KIANG

COLECC. "MADREPERLA"

366 — María Morgan

SUCEDIO EN LA SIERRA

COLECCION "ROSAURA"

310 — Trini de Figueroa

EL DOMINADOR

COLECCION "AMAPOLA"

196 — Carlos de Santander

UNA AVENTURA MAS

COLECCION "ALONDRA"

149 — Mary Vidal

LA PRINCESA DEL MAR

COLECCION "CAMELIA"

90 — G. Colomer

LA VENUS DE LA POLINESIA

COLECCION "ORQUIDEA"

60 — María Teresa Sesé

IGUAL QUE UN CUENTO

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



Y junto con mis compañeros, LA FAMILIA CEBOLLETA, MAGDALENO, ANGEL SISEÑOR, CELEDONIO, APOLONIO, PRUDENCIO, MATILDITA Y ANACLETO, vengo a ponerme a su disposición para alejar sus preocupaciones y hacerles reír a carcajadas, desde el formidable

ALMANAQUE DE "EL D.D.T." PARA 1956

¡28 páginas de comicidad desbordante!

Lo que pueda usted hacer en este instante no lo deje para más tarde así que... ¡COMPRELO AHORA MISMO!

¡Sólo cuesta TRES INSIGNIFICANTES PESETAS!



COLECCION PRACTICA

*ofrece a usted, en su
número 20, este intere-
santísimo volumen:*

Para ser escritor

Merced a su contenido, amigo lector, podrá usted adquirir los conocimientos necesarios para ver convertida en realidad su ilusión de ser escritor, dominando todo lo relacionado con la técnica de escribir: interés y originalidad, el vigor de las imágenes, desarrollo de los temas, etc., sin lo cual no es posible llegar a la meta que usted se propone

PARA SER ESCRITOR

No deje de adquirir este libro que pensando en usted ha publicado la famosa

COLECCION PRACTICA

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*¡El más apasionante y
sugestivo relato de las
primeras persecuciones
cristianas y de los mar-
tirios sufridos por los
seguidores de la verda-
dera fe, llevado jamás
a las páginas de un li-
bro!*

FABIOLA

Tal es el volumen que le ofrece la maravillosa y ex-
cepcional

COLECCION HISTORIAS

Con 250 ilustraciones fuera de texto que permiten se-
guir la acción de la novela independientemente del
relato escrito. ¡Una auténtica innovación editorial a
su alcance con la que podrá deleitarse adqui-
riendo el número 5 de la sensacional COLECCION
HISTORIAS:

FABIOLA

del cardenal Wiseman

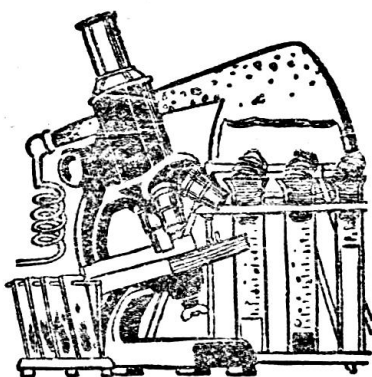
Precio de venta: 25 ptas.

De venta en quioscos y librerías

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*¿Se deja llevar por repentinos arrebatos?
¿Siente usted inclinación por gritar en determinados momentos?
¿Padece de neuralgias crónicas?*

Le conviene, en este caso, leer el número 9 de la famosa

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

En él hallará la forma de curar todas esas afecciones que provienen, como usted ya sospechaba, de

LOS NERVIOS

Cuide de su estado general, sepa reprimirse en determinadas circunstancias y controle siempre sus emociones. En una palabra, aprenda a dominar perfectamente

LOS NERVIOS

Volumen número 99 de la popular

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

que hallará en quioscos y librerías

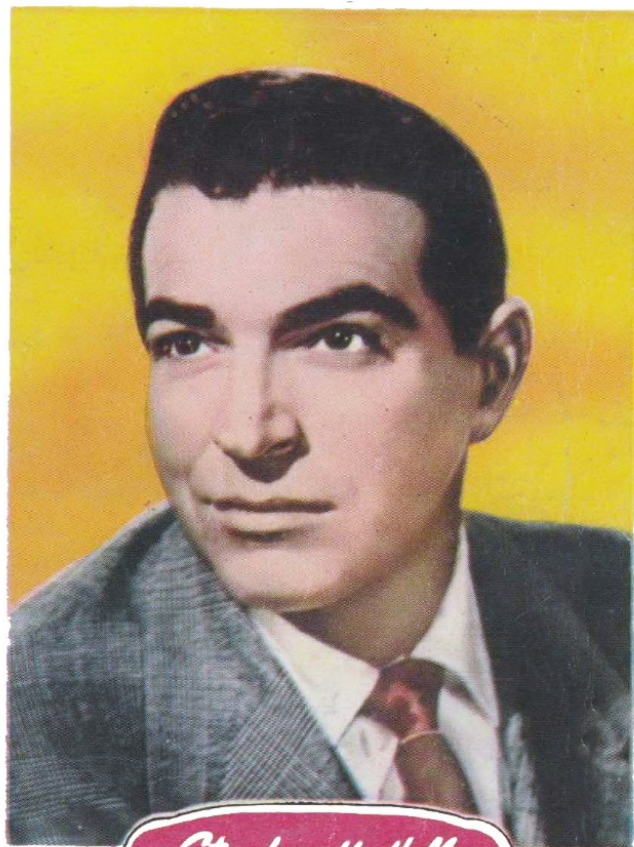
Precio de venta: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Stephen McNally

N.º 156 Este actor americano, especializado en papeles de "duro", se reveló en "Belinda" a partir de la cual cambió su nombre Horace, por el que usa en la actualidad.

Foto de la película "Pasado tenebroso", distribuida por C. E. P. I. C. S. A.



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 — pts. .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50